



Teresio BOSCO

**DON
BOSCO**

historia
de un

CURA



EDITORIAL CCS

DON BOSCO
Historia de un cura

Colección DON BOSCO

1. *Don Bosco, una biografía nueva.* TERESIO BOSCO.
2. *Vida de Don Bosco. (Ed. para la juventud.)* TERESIO BOSCO.
3. *Don Bosco con nosotros.* MARCELLE PELLISIER.
4. *Don Bosco, te recordamos.* PEDRO BROCARD.
5. *Ejercicios Espirituales con Don Bosco.* TERESIO BOSCO.
6. *Don Bosco con Dios.* EUGENIO CERIA.
7. *Don Bosco: Cartas a los niños de todas las edades.* RAFAEL ALFARO.
8. *Don Bosco, al alcance de la mano.* PEDRO BRAIDO.
9. *El sistema educativo de Don Bosco.* LUCIANO CIAN.
10. *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales.* SAN JUAN BOSCO.
11. *Don Bosco: Profundamente hombre-Profundamente santo.* PEDRO BROCARD.
12. *Los sueños de Don Bosco.* SAN JUAN BOSCO. FAUSTO JIMÉNEZ.
13. *Historia de San Juan Bosco, contada a los muchachos.* BASILIO BUSTILLO.
14. *Don Bosco y la música.* MARIO RIGOLDI.
15. *Con Don Bosco de la mano.* RAFAEL ALFARO.
16. *Don Bosco y el teatro.* MARCO BONGIOANNI.
17. *Yo, Juan Bosco, otra vez con la mochila al hombro.* F. RODRÍGUEZ DE CORO.
18. *Aproximación a Don Bosco.* FAUSTO JIMÉNEZ.
19. *Don Bosco y la vida espiritual.* FRANCIS DESRAMAUT.
20. *Juan Bosco, con la fuerza de un equipo.* FRANCISCO RODRÍGUEZ DE CORO.
21. *Don Bosco, historia de un cura.* TERESIO BOSCO.
22. *Prevenir, no reprimir. El sistema educativo de Don Bosco.* PIETRO BRAIDO.
23. *El amor supera al reglamento. Práctica y teoría educativa de Don Bosco.* SAN JUAN BOSCO. FAUSTO JIMÉNEZ.
24. *Palabras clave de espiritualidad salesiana.* MIGUEL ARAGÓN.
25. *Claves para una espiritualidad juvenil. Domingo Savio, el amigo de Dios.*
JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ.
26. *Os presento a Don Bosco.* NATALE CERRATO.
27. *La alegría de la educación.* XAVIER THEVENOT.
28. *Una espiritualidad del amor: San Francisco de Sales.* EUGENIO ALBURQUERQUE.
29. *Caminar tras las huellas de Don Bosco.* FRANCESCO MOTTO.
30. *Don Bosco encuentra a los jóvenes.* CLAUDIO RUSSO.

TERESIO BOSCO

DON BOSCO
HISTORIA DE UN CURA

EDITORIAL CCS

Título de la obra original: *Don Bosco, storia di un prete.*
Traducción: José Luis Guzón

Primera edición: enero 1997.

Página Web de EDITORIAL CCS: www.editorialccs.com

© Teresio Bosco

© Elle Di Ci, Turín-Leumann

© 1997. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Portada: Dibujo de Nino Musio

ISBN: 978-84-7043-991-9

ISBN eBook: 978-84-8316-879-0

Depósito legal: M-45559-1996

Imprime: Gráficas/85 S.A. (Madrid)

*A la memoria, tan dulce,
de mi madre Rosa,
que el Señor ha llamado a su seno
mientras trabajaba en estas páginas.
Que su misericordia le conceda
el Reino de los pobres, de los sencillos, de los humildes.*

ABREVIATURAS

- MBe J. B. LEMOYNE, A. AMADEI, E. CERIA, *Memorias biográficas de San Juan Bosco*, traducidas por José Fernández y Basilio Bustillo, Editorial CCS, Madrid 1981-1989, 19 vols.
- Memorie S. G. BOSCO, *Memorie*, Elle Di Ci, Leumann. Transcripción en lengua italiana corriente de *Memorie dell'Oratorio di San Francesco di Sales dal 1815 al 1855*, manuscrito de Don Bosco. En castellano contamos con otras dos traducciones: *Memorias del Oratorio de San Francisco de Sales*, Editorial CCS, Madrid 1987 y *Memorias del Oratorio*, en: J. CANALS y A. MARTÍNEZ, *San Juan Bosco. Obras fundamentales*, BAC, Madrid 1978, 345-495.
- OP ED G. BOSCO, *Opere Edite*, reimpresión anastática a cargo del Centro Studi Don Bosco, Universidad Pontificia Salesiana, LAS, Roma 1977, 37 vols.
- BS *Bollettino Salesiano*, San Pier d'Arena-Turín 1877.
- CL G. BONETTI, *Cinque lustri di storia dell'Oratorio Salesiano fondato dal sacerdote don Giovanni Bosco*, Turín 1892. Traducción castellana: *Cinco lustros de Historia del Oratorio Salesiano...*, Escuela Profesional de Tipógrafos del Colegio Pío IX de Artes y Oficios, Buenos Aires-Almagro 1899.
- VBP G. B. FRANCESIA, *Vita breve e popolare del venerabile Giovanni Bosco*, SEI, Turín 1925. Trad. castellana: *Vida breve y popular del Venerable Padre Juan Bosco*, Tipografía del Colegio Pío IX, Buenos Aires 1904.
- ST1 PIETRO STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, vol. I, *Vita e opere*, Pas-Verlag, Zürich 1968.
- ST2 P. STELLA, *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica*, vol. II, *Mentalità religiosa e spiritualità*, Pas-Verlag, Zürich 1969.
- ST3 P. STELLA, *Don Bosco nella storia economica e sociale (1815-1870)*, LAS, Roma 1980.
- CAS SECONDO CASELLE, *Cascinali e contadini in Monferrato-I Bosco di Chieri nel secolo XVIII*, LAS, Roma 1975.
- DESR F. DESRAMAUT, *Les Memorie I de G. B. Lemoyne*, Faculté de Théologie de Lyon 1961-1962.
- CLOUGH SHEPARD B. CLOUGH, *Storia dell'economia italiana dal 1861 ad oggi*, Capelli, Bolonia 1965.

- PINTO P. PINTO, *Carlo Alberto di Savoia amletico*, Camunia, Milán 1986.
- AL GR UGOBERTO ALFASSIO GRIMALDI, *Il re «buono»- La vita di Umberto I*, Feltrinelli, Milán 1970.
- COGN F. COGNASSO, *Storia di Torino*, Martello Giunti, Milán 1974.

La bibliografía esencial está contenida en estas páginas y en las notas a cada capítulo. Me han ayudado mucho el *Repertorio alfabetico delle Memorie Biografiche di S. G. Bosco* de P. Ciccarelli, SEI, Turín 1983, y la *Cronología Completa de las Memorias Biográficas de D. J. Bosco* de Joan Santaularia i Guitart, Barcelona 1979.

NOTA DEL TRADUCTOR: Sólo en el caso de las *Memorias Biográficas* las citas corresponderán a la traducción española de Basilio Bustillo. El resto de las citas han sido traducidas directamente del original italiano.

Presentación

A los nueve años de la publicación de mi *Biografía Nueva* de Don Bosco, honrada con ocho ediciones y quince traducciones (desde el francés, inglés y alemán, al árabe, chino y ruso), la editorial LDC me ha solicitado una «Historia de Don Bosco» que resulte atractiva a cualquier lector. En ella, debería tener en cuenta todos los estudios serios aparecidos en estos nueve años sobre Don Bosco y los personajes de su tiempo. Por otro lado, su número de páginas habría de posibilitar un precio razonable.

He leído y consultado todo el material posible: desde los 37 volúmenes de las «Opere Edite» de Don Bosco (aparecidas mientras mi primera biografía estaba en prensa) a los estudios sobre la Iglesia del Piamonte en el siglo XIX a cargo de Appendino; desde el volumen de Pietro Stella: *Don Bosco nella storia economica e sociale 1815-1870*, a los Monográficos para el estudio de Don Bosco en edición extra-comercial; desde los estudios de Francisco Motto a los de Giuseppe Bracco; desde los tres volúmenes de Rosario Romeo sobre Cavour a la ágil biografía sobre Carlos Alberto de Pablo Pinto; desde la monumental biografía del canónigo Allamano a los libros de Martin y de Zanotto sobre la vida de los deshollinadores del Valle de Aosta... He tenido conversaciones muy ilustrativas con Segundo Caselle, que continúa rebuscando en los archivos de Chierese y obteniendo documentos preciosos y curiosos. He podido también leer todos los pequeños volúmenes (decenas) de Francesia y el Boletín Salesiano hasta 1926. ¡Cuántas piedras preciosas olvidadas!

Mi opinión sobre la cuestión de escribir historia dirigida a la gente coincide con la de Montanelli: «Mi ambición es la de proveer a los lectores de un medio para aproximarse (a la historia) sin fatiga y, sobre todo, sin aburrimiento», «Una historia que no sea escrita por profesores para profesores o por alumnos encaminados a ser profesores», aunque narrar la historia así «indigna... a un ambiente mojigato como el académico nuestro» (Introducciones a *Storia dei Greci* y a *L'Italia dei Comuni*). En los 16 volúmenes de su *Storia d'Italia*, vendidos por centenares de miles de ejemplares, Montanelli no ha puesto ni siquiera una nota. Le había imitado en mi *Biografía Nueva*, pero en el libro que ahora presento me he rendido a las notas bibliográficas.

Las principales fuentes de este libro son cuatro.

Ante todo las *Memorias Biográficas* de Don Bosco. Los diecinueve volúmenes escritos por Lemoyne, Amadei y Ceria, infravalorados hoy por muchos. Uno de los mejores historiadores italianos, Santiago Martina, dice en cambio de ellas: «Documento histórico de primera magnitud, basado en la narración directa de Don Bosco, a poca distancia de los hechos narrados. Aun tratando de hechos relacionados con el desarrollo de los Salesianos, las Memorias contienen detalles notables sobre muchos acontecimientos contemporáneos» (FLICHE-MARTIN, *Storia della Chiesa* XXI, a cargo de S. Martina, SAIE-TURÍN 1964, p. 17).

En segundo lugar, las *Memorias de Don Bosco*, la *Historia del Oratorio de San Francisco de Sales* de Juan Bonetti y la *Vida breve y popular de Don Bosco* de Juan B. Francesia.

Las *Memorias* de Don Bosco son 180 grandes páginas de cuaderno que él escribió alrededor de los sesenta años de edad. Al comienzo, incluyó dos títulos: *Memorias del Oratorio de 1815 a 1855* y *Memorias para el oratorio y para la Congregación Salesiana*. Fueron publicadas por primera vez en 1946. Las he vuelto a editar en 1986, después de haberlas transcrito en un lenguaje más popular y cercano a la sensibilidad del hombre de hoy. (Las citas entre comillas pertenecen a esta transcripción.)

La *Historia del Oratorio de San Francisco de Sales* fue publicada en el *Boletín Salesiano* por el salesiano don Bonetti, en varias entregas, comenzando en enero de 1879. Los episodios fueron

leídos y corregidos personalmente por Don Bosco, y después recogidos en el volumen *Cinco lustros de la historia del Oratorio Salesiano* (1892). Don Bonetti se basaba en relatos de Don Bosco y de los protagonistas que aún vivían por entonces, de un modo especial en el testimonio de José Buzzetti («Nos hemos dirigido a los antiguos y todavía vivos alumnos, que vieron nacer y crecer este Oratorio, especialmente a uno... Este es José Buzzetti», *Bolletino Salesiano*, diciembre de 1878, p. 7) y de la madre de Don Bosco, Margarita («Esta mujer es Margarita Occhiena, viuda de Bosco... Muchas cosas que he venido narrando hasta aquí y otras que serán tema de futuros relatos hasta 1856, año de su muerte, las he oído también de su boca», *Cinque lustri...*, pp. 119s.).

Juan B. Francesia publicó su *Vida breve y popular de Don Bosco* en 1902, la retocó y amplió más veces en las muchas ediciones subsiguientes. (En 1925 habían sido publicadas treinta y dos mil ejemplares.) Don Francesia había entrado en el Oratorio de Don Bosco en el lejano 1849 y participó de todas las vicisitudes de los primeros tiempos. Se convirtió en el primer y jovencísimo «licenciado», fue profesor de Domingo Savio. Vivió 92 años. Afirma en la introducción: «Las noticias que voy espigando... las recabo de la gran provisión de la memoria». Y añade con una pizca de melancolía: «Cuando era joven veía las cosas prodigiosas que sucedían por obra del humilde Hombre de Dios (Don Bosco) y me preguntaba: “¿El mundo le creerá algún día?”. Y ahora que me pongo a escribir me repito las mismísimas dudas».

Es la misma melancolía que puede embargarnos también hoy ante tanto afán de «desmitización» de la figura de Don Bosco.

A la segunda edición. Me han preguntado muchos si *Don Bosco, historia de un cura* es una reconstrucción (*remake*) de *Don Bosco, una biografía nueva*. Absolutamente no. Aquella obra, escrita en 1978, la considero como mi mejor libro: seriamente documentado, escrito con gran participación y entusiasmo. Ésta, escrita en 1987, es una biografía distinta, más moderna, más «alejada», y por tanto, más fría. Tiene en cuenta tres nuevas exigencias: (1) una documentación detallada y continua, con multitud de citas (a veces empalagosas). Una cierta sospecha bastante difundida exige esa documentación en las biografías de los

Santos, mientras se la considera supérflua en las de otros personajes; (2) una notable, casi prevalente, atención al sector económico. Hoy se quiere profundizar, más que en los ideales, en el contexto económico del Santo y contarle el dinero del bolsillo (a veces con el riesgo de hacer una lectura materialista, como se ha intentado sin más con el Evangelio), (3) la inclusión de las vicisitudes de la «gran política» que tuvieron como protagonista a Don Bosco. Habían sido clasificadas incluso por estudiosos salesianos como «piadosas leyendas», y no por ello no las tuve en cuenta en 1978. Los archivos en cambio nos las han restituido muy recientemente como irrefutables verdades.

Giulio Andreotti ha escrito cuatro biografías muy distintas de Alcide De Gasperi: *El De Gasperi menor* (1954), *De Gasperi y su tiempo* (1956), *Entrevista sobre De Gasperi* (1977) y *De Gasperi visto de cerca* (1986). Yo he escrito dos biografías muy distintas de Don Bosco: *Don Bosco, una biografía nueva* (1978), *Don Bosco, historia de un cura* (1987), y tengo ganas de continuar.

T. B.

1. Si no viene papá

El joven casero de los Biglione

El primer recuerdo de Juan Bosco es una jornada negra.

Ésta surgió de improviso en su vida cuando tenía sólo dos años. Una jornada enmarcada por caras tristes y regada por las lágrimas de su madre. La recuerda así en sus *Memorias*:

«Todos salían de la habitación donde mi papá había muerto, pero yo no quería seguirles. Mi mamá me decía:

—Ven, Juan, ven conmigo.

—Si no viene papá, no voy —respondí.

—Pobre hijo, no tienes papá.

Una vez dicho ésto rompió a llorar, me cogió de la mano y me llevó fuera» (*Memorie*, 12).

Su padre, Francisco Bosco, había sido durante 12 años el joven casero de los señores Biglione, en su casa de I Becchi.

Había comenzado con 21 años, ocupando el puesto de su hermano mayor, Pablo, que se había trasladado a trabajar a otras tierras de Castelnuovo. Francisco vivía en una pequeña casita de campo, cultivaba las viñas y las tierras, «cuidaba» los prados y atendía y utilizaba para los trabajos agrícolas a los animales del establo.

Cada año entregaba una cuota fija de la cosecha a los Biglione (que vivían en Chieri y en Turín), aproximadamente dos tercios. En 1817, atestigua un documento, les habría entregado, además del producto de la viña, «ocho “toesas” de heno, ocho sacos y tres heminas de trigo y cuatro sacos de “barbariato”» (CAS 100). Una *toesa* era un fardo de heno de 1,714 metros de largo y una *hemina* correspondía a 23 litros¹. El *barbariato*

¹ Lucio Ambruzzi en su *Nuovo Dizionario* dice que corresponde a 28 litros en Turín y a 18 en León (cf. L. AMBRUZZI, *Nuovo Dizionario spagnolo-italiano / italiano-spagnolo*, Paravia, Turín 1973, 7ª ed., p. 429).

era una mezcla de trigo y de centeno que crecían juntos en la misma tierra. Un *saco* andaba por los cien kilos.

A los 21 años, nada más ocupar el cargo de casero, Francisco se había casado con Margarita Cagliero, de su misma edad. Ésta le dio el primer hijo, Antonio, y la primera hija, Teresa. Pero de este segundo parto, Margarita no se volvió a reponer. En el período de un sólo año murieron madre e hija.

Francisco se volvió a casar. Llevó hasta el altar a la moza más valerosa de Serra de Capriglio, Margarita Occhiena, cuatro años más joven que él.

«Una bodega y establo»

Mientras Margarita cuidaba de sus otros dos hijos, Juan y José, Francisco duplicaba su trabajo, pues no quería pasar toda la vida trabajando en la tierra de otros. Con sus ahorros compró un poco de tierra y un poco de viña, un total de 1.900 metros cuadrados. Compró también, dejándolo a deber, «una bodega con un establo contiguo, cubierto con tejas en mal estado» (CAS 97). Utilizó esta casucha como establo y colocó allí algunos animales de labranza, comprados también a plazos.

Las deudas no le asustaban, pues estaba seguro de poder pagarlas pronto con su trabajo.

Era un campesino alegre y gallardo que regresaba al ponerse el sol de los campos. Llevaba al establo los bueyes, se enjugaba el sudor, y después tomaba en brazos a sus hijos.

Pero la salud, en aquel tiempo y sobre aquellas colinas, era precaria. Acababa de llegar una nueva enfermedad que atemorizaba a la gente: la pelagra². Este mal atacaba a quien se alimentaba exclusivamente de maíz.

La primavera de 1817 trajo el tifus «petequial»³, que devastó los pueblos y pequeñas ciudades de los alrededores de Turín.

² N. del T.: Enfermedad crónica, con manifestaciones cutáneas y perturbaciones digestivas y nerviosas, producida por defectos de la alimentación, de un modo especial por la falta de algunas vitaminas.

³ N. del T.: Un tifus que se caracteriza por pequeñas hemorragias puntiformes.

Francisco Bosco, en la flor de la edad, fue atacado en cambio por una enfermedad ya antigua: la pulmonía.

Una tarde de mayo de aquel 1817, después de regresar del trabajo cubierto por el sudor, tuvo que bajar a la fresca bodega. Subió temblando de frío y castañeteando los dientes por la fiebre. El frío húmedo le había helado el sudor.

Se llamó al médico y el boticario de Castelnuovo envió medicinas, pero no hubo nada que hacer. Vino el párroco, le confesó y le suministró el viático y la Unción de enfermos. El último día, Francisco habló con sólida fe cristiana a su esposa:

—Es la voluntad de Dios, Margarita. Debemos resignarnos... Ten confianza en el Señor... Te recomiendo muy mucho a nuestros hijos, pero de un modo especial cuídate de Juanito, es tan pequeño... (MBe 1,44s).

En el testamento, dictado al notario y firmado con la cruz de los analfabetos, Francisco nombró tutores de sus hijos a Margarita, su mujer, y a su primo Juan Zucca, y pidió que se celebraran cuarenta Misas por el eterno descanso de su alma.

Antes de que la mamá lo llevase fuera de la habitación, Juanito miraba fijamente la cara pálida de papá. Le parecía todo muy extraño. Le parecía que papá se iba a levantar del lecho. Que debía levantarse, volver a reír y cogerlo en brazos. Todo como antes, en definitiva. Pero la mamá le dijo: «No tienes papá». «Aquellas palabras se me grabaron en la mente —dirá tantas veces Don Bosco—. No las he olvidado nunca.»

2. Un verano sin sol

«Naciste el día de la Virgen»

Su mamá le había dicho tantas veces: «Tú naciste el día de la Virgen», y Don Bosco repitió durante toda su vida que había nacido el 15 de agosto de 1815, fiesta de la Asunción. No fue nunca a consultar el registro parroquial donde está escrito que nació el 16. ¿Un error de la madre? ¿Una distracción del párroco? Probablemente ni lo uno ni lo otro. En aquellos tiempos los párrocos exigían a sus cristianos que llevaran a los neonatos al bautismo dentro de las primeras veinticuatro horas. Muchos padres, para no poner en peligro la vida de sus hijos, los llevaban algún día después, y para no provocar la ira del párroco posponían el día del nacimiento. Así le sucedió a Giuseppe Verdi, contemporáneo de Don Bosco, y a tantos otros. Y los hijos creían más a las madres que a los registros.

Por lo demás, día más día menos, la fecha de nacimiento no era muy importante para los campesinos. Lo importante era sobrevivir el primer año, en el que morían el veinticinco por ciento de los niños, y los cuatro años siguientes, que se llevaban otro veinte por ciento.

Mamá Margarita tenía veintinueve años cuando murió su marido. Una mujer muy joven con un gran peso que sobrellevar.

Tenía que cuidar y educar a tres niños: Juan (2 años), José (4 años) y Antonio (9 años). Antonio, después de la muerte de su madre (ocurrida cuando tenía tres años) había asistido petrificado también a la muerte del padre. Estos dos acontecimientos lo habían afectado profundamente. Lo transformaron en un chico irritable y arisco, que comenzó a hacer difícil la vida de aquellos con quienes vivía.

En la familia estaba también la abuela, Margarita Zucca. Era la madre de Francisco, tenía 65 años y estaba delicada por los muchos achaques padecidos.

Desde mayo hasta noviembre Margarita (ayudada por dos obreros) logró terminar la temporada y salvar la escasa cosecha. Desde el 11 de noviembre de 1817 la relación de aparcería entre los Biglione y la familia Bosco cesó. La familia se acomodó sin pretensiones en la casucha comprada por el padre para ser utilizada como establo. Los tíos ayudaron a adaptarla, pero aquella «bodega» (=cantina) continuó siendo la casita más pobre de toda la localidad de I Becchi.

Un volcán lejanísimo

Aquel mismo año que había traído la muerte del padre, trajo también miseria y hambre. Después de una temporada en la cual llovió mucho, vino un verano sin sol. Las cosechas fueron escasísimas. Hubo carestía.

Carestía es una palabra un poco vaga. Se hace más concreta cuando en las estadísticas agrarias de la época leemos que en una temporada buena un grano sembrado producía de 4 a 6 granos. En los años de carestía, un grano sembrado producía como máximo dos. En los documentos, Turín en 1817 es descrita como una ciudad invadida de filas de gente miserable que ha abandonado la tierra y ha venido a establecerse delante de las iglesias y los palacios de los señores.

La causa de aquella terrible carestía la descubrirían bastantes años después los científicos. Un lejanísimo volcán de Indonesia, el Tambora, había arrojado al aire la erupción más fuerte de los últimos dos mil años: ochenta kilómetros cúbicos de hollín. Los vientos habían llevado lentamente las inmensas nubes negras por todo el mundo. Aquellos años se llamaron «años sin verano»⁴. En Lombardía, por el escaso follaje de las moreras, se vino abajo el cultivo de los gusanos de seda, exiguo sustento de tantas familias campesinas. El gobernador de Génova escribía al rey: «El hambre va destruyendo familias enteras» (PINTO, 243).

⁴ National Geographic, enero 1981, p. 545.

También en la casa de los Becchi hubo hambre y miedo. «Un día —contará Don Bosco— no habíamos comido casi nada. Mi madre probó a llamar en las casas vecinas para obtener alguna cosa prestada, pero ninguno tenía posibilidades de ayudarnos.» Entonces la madre, con la ayuda de un vecino, mató el ternerillo que cuidaban en el establo (al cual los niños tenían mucho cariño), coció un poco de carne «y nos dio la cena. Estábamos muertos de hambre. En días sucesivos logré hacer llegar grano de pueblos lejanos, a un precio carísimo» (*Memorie*, 13). (Esta fue la «versión» contada por mamá Margarita a los hijos. La verdad es un poco más escuálida: el grano no llegó de pueblos lejanos, sino comprado por un cura vecino, don Víctor Amedei. Lo vendió a aquella viuda a un precio de medio usurero: cuatro heminas a 9,17 liras cada una, cuando el precio oficial en el mercado de Turín era de 7,43. [CAS, 103.]

«En aquel durísimo año —continúa Don Bosco— mi madre sufrió y trabajó muchísimo. Sólo con un trabajo incansable y un ahorro exagerado, hasta el último céntimo, logramos superar la crisis» (*Memorie*, 13). Únicamente un año después mamá Margarita fue capaz de saldar la cuenta que tenía con el boticario Gianella de Castelnuovo «por medicinas vendidas al que fue su marido». Le pagó 6,15 liras (diez camisas de caballero costaban 6 liras). Y, sólo a plazos, en los años siguientes, pudo saldar la cuenta con el notario Montalenti, que había subido a I Becchi para hacer el testamento y el inventario de los bienes de Francisco Bosco: 32 liras (CAS, 104).

3. La mamá

«Cantaba con dulzura»

«Tenía sólo cuatro años. Un día, volviendo del campo con mi hermano José, estábamos los dos muertos de sed, porque el verano era muy cálido. Mamá fue a buscar agua y dio de beber primero a José. Yo, viendo aquella especie de preferencia, cuando mamá me ofreció el agua a mí, un poco quisquilloso, hice señal de no querer beber. Mamá, sin decir una palabra, se llevó el agua. Yo me detuve un momento, y después tímidamente dije:

—Mamá, ¿me das agua también a mí?

—Creía que no tenías sed.

—Mamá, perdóname.

—Está bien.

Fue a coger el agua y me la ofreció sonriendo.»

Este hecho no está en las *Memorias* de Don Bosco. Lo cuenta Juan B. Francesca, que afirma: «Nosotros lo hemos escuchado de los mismos labios de Don Bosco, muchas veces» (VBP, 19).

Margarita tenía muchas y pesadas tareas: atender la casa, cuidar los campos, cavar la viña. Pero no se olvidó jamás de ser, antes de nada, la madre de sus hijos. Así lo revela la palabra con que concluye el cuentecillo: *sonriendo*. Una madre siempre tensa por el trabajo, por las responsabilidades, habría hecho de Juan un ansioso. El amor de la madre fue (afortunadamente para él) no sólo de «hechos», sino también de «actitudes»: sereno y alegre. Lo confirma otro hecho. Bastantes años después, Don Bosco recordará que su madre «cantaba con dulzura» (MBe 5, 403).

Un lujo que hacía rezongar a los ancianos

De los poquísimos documentos contables de aquellos años, sabemos que Margarita compró una vaca vieja y enfermiza, pagando por ella 24,10 liras, y alquiló un trozo de prado (CAS, 103-5). Juan condujo la vaquilla a pastar (que, dado su estado —vieja y enfermiza—, podía ser confiada sin peligro a las manos de un niño de ocho años). Se convirtió, como muchos de sus contemporáneos, en un niño-pastor.

Todas las tardes soltaba la vaca, cogía el ronzal y bajaba por el sendero hasta el valle con un bollo de pan para la merienda. Allá abajo le esperaba otro niño, Segundo Matta. También él llevaba el ronzal en una mano y el bollo de pan en otra. Pan diferente, sin embargo. «Segundo Matta dijo que durante dos primaveras seguidas cambió el pan con Don Bosco, dándole a él el negro, y recibiendo el suyo que era blanco: esto lo hacía diciendo que le gustaba más.» (Es un testimonio sobre la niñez de Juan Bosco, recogido en Chieri en 1888. [DESR 421.]).

Este asunto del pan es incomprensible para nosotros, porque el pan es hoy «una» de nuestras comidas, pero entonces era prácticamente «el único» alimento. Hay que tener en cuenta además que normalmente se comía el oscuro y áspero pan de centeno y maíz (el pan de los pobres). Sólo en el verano nos resignábamos a amasar el pan con harina blanca de trigo (el pan de los señores), porque el oscuro se secaba y estropeaba rápidamente (ST 3,19). En alguna familia, no obstante, para los ancianos y los niños se cocía siempre el pan blanco, más digerible y nutritivo: un lujo que hacía rezongar a los ancianos.

Cuando contó este hecho a sus nietos, Segundo Mata era ya un anciano. Y había entendido que Juan le había mostrado su caridad durante dos primaveras, con tanta delicadeza que él no se había dado cuenta.

El mercado del jueves

Todos los jueves Margarita iba al mercado. Descendía de la colina de I Becchi (pequeña localidad del barrio de Morialdo), y

caminando cinco kilómetros llegaba a la plaza de Castelnuovo de Asti, centro del municipio. En una cesta o en un par de fardeles llevaba quesos, huevos o alguna gallina para la venta. Compraba aceite y sal. Cuando vendía y compraba (y después de pagar la tasa de entrada al mercado), Margarita debía hacer las cuentas rápidamente con monedas y cuartos de cualquier cuño. Después de la derrota de los franceses y el retorno del rey, habían desaparecido del mercado los francos y los céntimos, y habían vuelto a aparecer creando confusión las «parpaiole»⁵, los «bigattini»⁶, los «sesini»⁷, los «quartini»⁸, las «mutte» y las «cinquine». Era necesario manejar rápidamente los dedos para calcular dobles y triples, y para no ser engañados en las sumas y en los cambios.

Además de sal y aceite, Margarita compraba, como las otras amas de casa, pescado en salmuera. La dieta cotidiana de un campesino era muy pobre. Se comía pan, ensalada y ajo cultivados en las huertas y fruta cuando maduraba en los árboles (durante todo el invierno había castañas). El pescado en conserva, junto con el queso, tenía la función de «acompañar el pan», es decir, de dar un poco de sabor al largo masticar del pan. Pero para ésto se procedía muchas veces de un modo más expeditivo: se frotaba un diente de ajo sobre la corteza del pan y se añadía un pellizco de sal (para los niños también una gota de aceite). La carne era el alimento de las fiestas, normalmente un gallito o algún pájaro cazado en las trampas.

Un jueves, mientras la mamá estaba en el mercado, Juan quiso hurgar en el armario. Buscaba algo, era pequeño y tenía que estar de puntillas. Allá arriba, entre tantas cosas, estaba colocada la vasija de barro donde se guardaba el aceite («mantener fuera del alcance de los niños»). De repente y sin querer, Juan dio un empujón a la vasija, que cayó haciendo un ruido

⁵ N. del T.: Pequeña moneda de mezcla acuñada en el Norte de Italia desde el siglo XIV.

⁶ N. del T.: ¿Tendrán algo que ver con las monedas de la Roma republicana en que aparecía la imagen de una biga?

⁷ N. del T.: Antigua moneda acuñada en diversas casas de la moneda italiana desde la mitad del siglo XIV al XVI y con valores que oscilaron entre los seis y ocho denarios.

⁸ Pequeña y antigua moneda de plata de Urbino y Pesaro con valor de 1/4 de un «grosso» (antigua moneda de plata de valor diverso según los lugares, acuñada por primera vez en Venecia en el siglo XIII y después en todos los estados italianos y europeos).

sordo. El aceite comenzó a extenderse por el suelo. Juan quitó de prisa los trozos de barro, pero no logró salvar nada. Mortificado, salió fuera a buscar a José:

—He roto la aceitera, pero no lo he hecho adrede. Déjame el cuchillo.

Fue a sentarse junto a un seto, cortó una vara robusta y la peló bien. Después fue a esperar a la madre al camino. Apenas la vio fue corriendo a su encuentro y le dio el palo:

—Mamá, hoy lo merezco. Sin querer, he roto la aceitera.

La madre miró a aquel hijo suyo tan franco y respondió:

—Estoy contenta porque no has venido a contarme mentiras. Pero estate atento la próxima vez, porque el aceite cuesta caro (MBe 1,74ss.).

4. Juan crece y la historia avanza

Deportes e incidentes

En la casa de I Becchi, que es su nido, Juan crece. Es un niño pequeño y fuerte, con rizos negros y risa sonora. Como todo pequeño campesino corre por la hierba, persigue las gallinas que cacarean, se para encantado a mirar los pollitos de color miel, trepa a los árboles y no llora por los raspones de las rodillas.

Quiere muchísimo a su madre y (aunque le cuesta) hace las pequeñas tareas que ésta le asigna: romper las ramas secas para prender el fogón, ir por agua a la fuente o vigilar el horno donde se cuece el pan.

Pero cuando las pequeñas labores terminan, sale a jugar fuera. En las lindes de los inmensos prados le esperan sus amigos: chavales fuertes y vivarachos, a veces rudos y malhablados. El deporte «que pega fuerte» es la «lippa». Los instrumentos para jugar son dos y cada uno se los hace con un cuchillo. Antes que nada la «lippa», un pedazo de rama de unos diez centímetros de largo, afilado a los extremos, y después un palo, largo y robusto. Se coloca la «lippa» sobre un palmo de terreno que se ha aplanado muy bien con las manos. Con el palo se golpea sobre un extremo de la «lippa», haciéndola saltar por el aire. En aquel instante, mientras se mece en el aire, se le da un fortísimo golpe de bastón, haciéndola volar lo más lejos posible. Se sortea a pares o impares quién debe dar el primer golpe, quién el segundo, quién el tercero y así sucesivamente. Vence quién (después de diez golpes) ha realizado con su «lippa» el recorrido más largo.

Sucedan incidentes. Cuando el palo le da mal, la «lippa» en vez de volar hacia los prados puede volar hacia la cara de uno de los jugadores. También Juan, más de una vez, recibió algún

golpe con la «lippa» y corrió chorreando sangre para que mamá Margarita lo curase.

—Cualquier día perderás un ojo —dijo una vez la mamá—. ¿Por qué vas con esos chicos? Sabes que alguno es poco bueno.

—Si es por darte gusto, no iré más. Pero cuando yo estoy con ellos se portan mejor. Ciertas palabras no las dicen.

La mamá lo dejó volver. Sabía que no le contaba historias y que no era imprudente (MBe 1,57ss.).

Sorpresas en las matas

Cuando la primavera anunciaba ya el verano, los pequeños campesinos encontraban sorpresas. No en los huevos de Pascua, sino en las matas y en los árboles: los nidos de los pájaros.

En una mata, mientras jugaba con los amigos, Juan descubrió una nidada de jilgueros, bien escondida entre las ramas y las hojas. Con amplios gestos, pero en absoluto silencio, llamó a los otros. Se pusieron todos alrededor. Sonreían felices como si observaran un milagro. Los jilguerillos tenían los ojos cerrados, se apretaban para darse calor, piaban lentamente y alargaban el pico oscuro esperando el alimento materno.

Los muchachos se recostaron en la tierra detrás de las matas, en silencio. Y he aquí que llegó la madre en vuelo rasante, revoloteando sospechosa a diestro y siniestro para no señalar a nadie el lugar de su nido. Después se posó en perfecto silencio sobre el borde. El piar de los pequeños se elevó un poco mientras el pico de la madre depositaba en las bocas abiertas de par en par las larvas de insecto y los gusanos que había cazado entre los árboles (MBe 1,108).

Las plumas ensangrentadas del mirlo

En aquellas colinas no se vendían canarios en jaula. Quien quería cuidar un pájaro debía ir a cogerlo del nido. Juan hizo así.

Cogió un mirlo pequeño y lo cuidó. En la jaula que había construido con ramas de sauce, le enseñó a silbar. El pájaro aprendió. Cuando veía a Juan, lo saludaba con un silbido modulado, saltaba alegre entre las barras y lo miraba con el ojillo negro y brillante. El muchacho y el mirlo se convirtieron en amigos. (Don Bosco narra con mucho gusto este episodio y Domingo Ruffino se lo oyó contar y tomó nota.)

Pero una mañana el mirlo no envió su silbido. Un gato había desbaratado la jaula y lo había devorado. Sólo quedaban unas pocas plumas ensangrentadas. Juan se puso a llorar. Con un llanto desesperado al que siguió una tristeza profunda. Su madre después de un tiempo se lo reprochó. Le dijo que mirlos, en los nidos de los alrededores, había todavía muchos y bastaba ir a coger otro. Pero por primera vez Juan no alcanzó a entender las razones de su madre. Ciertamente, pájaros había muchos, pero «aquel», su pequeño amigo, lo habían matado, no lo vería nunca más saltar alegre. Ninguno de los vuelos de otros pájaros podía borrar este hecho inquietante: a su amigo lo habían matado y ya no lo vería más (MBe 1,111).

Es esta la primera manifestación de amor «personalizado» de Juan. Está dirigido a un pajarillo, pero no por esto es banal. Juan Bosco no se encariñará jamás con ninguno «genéricamente». Todos los chicos que se le acercarán, se sentirán amados personalmente por él, no como componentes de un número o de una comunidad, sino como personas. Y el sufrimiento de cada uno se convertirá en su sufrimiento personal. Dios le había dado un corazón así.

La historia con pasos de gigante

Mientras Juanito, chavalín ignorante, crecía en su nido de I Becchi, la historia humana se había puesto en marcha con pasos de gigante.

La Revolución francesa, iniciada en 1789, había gritado a Europa tres palabras fascinantes: libertad, igualdad y fraternidad. Pero también había establecido la guillotina en las plazas y exterminado miles de personas desencadenando el tiempo del «terror».

Las tropas francesas, dirigidas por el jovencísimo general Bonaparte, habían invadido Europa y llevado por doquier las mágicas palabras de la Revolución. Los jóvenes habían quedado hipnotizados. Habían levantado árboles de la libertad y habían bailado en torno a ellos dados de la mano. En todas las ciudades se habían escrito leyes nuevas, más humanas y justas. Las viejas desigualdades, los insoportables privilegios de los nobles estaban siendo eliminados.

Pero Napoleón también había diezmando a los jóvenes en gigantescas batallas. Europa estaba cubierta de cadáveres. El ejército más grande de la historia humana (500 mil europeos) había sido tragado por las gélidas estepas rusas.

Extenuada y despoblada, la Europa de 1814 no repetía más «libertad, igualdad, fraternidad», sino otra palabra: «paz». Se resignaba al regreso de las viejas desigualdades y de los privilegios injustos, con tal de que el cañón dejase de retumbar y los jóvenes tuvieran la esperanza de sobrevivir.

Napoleón se exilió en una isla del Atlántico y, como al sol, le llegó su ocaso. A las capitales volvieron los reyes y los nobles, con las viejas pelucas empolvadas. También a Turín, capital del Piamonte, volvió el rey Víctor Manuel I. Era el 21 de mayo de 1814. Comenzaba el período llamado «Restauración».

Sobre un caballito sardo, el rey

«Yo me encontraba en fila en plaza Castello —escribirá Máximo d’Azeglio— y tengo muy presente el grupo del Rey con su estado mayor. Vestidos al modo antiguo con la “cipria”, el “codino”⁹ y ciertos cabellos... el conjunto era bastante ridículo.» El rey estaba sobre un caballito sardo, con su viejo uniforme azul turquí con largas solapas rojas, el largo chaleco, los pantalones blancos, las botazas hasta las rodillas, el sombrero a la prusiana y la peluca con la cola que le golpeaba sobre los hombros. «El buen rey, con aquella cara suya —vamos, digámoslo— de papa-

⁹ N. del T.: Cierta cola de la peluca postiza que los hombres de la época utilizaban.

natas, pero otro tanto de caballero, dio vueltas hasta el toque de después de medianoche, paso a paso por las calles de Turín, entre los vivas de la multitud.»¹⁰

Pero a la espalda del rey estaba la rígida figura del general austriaco Bubna. En Viena, en el Congreso de las naciones, se había decidido que Austria debería ser el guardián de Italia. Su ejército debería intervenir en cada uno de los siete Estados en que estaba dividida la península, cada vez que los «desórdenes» amenazaran con una nueva revolución. Los siete Estados eran «satélites de Austria con soberanía limitada» y deberían haberlo sido hasta 1848.

El rey abolió las leyes de Napoleón, suprimió los derechos de los Valdenses y confinó en el ghetto a los Hebreos. La población volvió a dividirse en dos clases: aquellos que vivían de las rentas (y empleaban el día en cacerías, juegos de dados, lances amorosos y charlas de política) y aquellos que vivían de su propio trabajo. La iniciativa privada de los comerciantes, que habían hecho su propia fortuna y dado comienzo al Estado del bienestar viajando sobre las sólidas carreteras napoleónicas, fue suprimida. Volvió a entrar en vigor la apretada red de derechos, barreras y peajes, que impedía todo comercio. Los administradores del Estado que habían servido en tiempos de Napoleón fueron alejados. Les sustituyeron viejos amigos del rey, en general ignorantes. Durando gritará un día: «Vosotros, majestad, habéis hecho de un imbécil un economista, de un santurrón un hombre de guerra, de un ignorante un magistrado, de un estúpido un administrador» (PINTO, 158).

Quien sufrió más este retorno a la «ignorancia fiel» fueron los jóvenes intelectuales. El 7 de agosto de 1816 Ludovico de Breme escribía con rabia: «Un gran ghetto de hebreos todos fracasados, eso es Turín. La ignorancia, la avaricia, la vileza, la obstinación, el ocio, el hastío recíproco, la presunción y todas las ridiculeces llevadas al máximo, me rodean, están delante de los ojos. Ser piemontés... es algo vergonzosísimo»¹¹.

¹⁰ M. D'AZEGLIO, *I miei ricordi*, en *Ricordi-Opere varie*, Mursia, Milán 1969, 2ª ed., pp. 171ss.

¹¹ R. ROMEO, *Cavour e il suo tempo*, Bari 1984, 1, p. 226.

5. Dios llevado de la mano

«¡Ha sido él!»

«Cuando era todavía muy pequeño —cuenta Don Bosco— mi madre me enseñó las primeras oraciones. Apenas fui capaz de unirme a mis hermanos, me hacía arrodillar con ellos mañana y tarde y recitábamos juntos las oraciones» (*Memorie*, 14).

Las oraciones de la mañana, en aquel tiempo de cristianos serios, no eran un rápido *Padrenuestro* y un rápido *Avemaría*. Eran el *Os adoro*, *Dios mío*, el *Padrenuestro*, el *Avemaría* (que comenzaba: «Dios te salve, María»), el *Credo*, la *Salve Regina*, la oración del *Ángel custodio*, los *Mandamientos de Dios*, los *Mandamientos de la Iglesia*, los *Sacramentos* y los *Actos de fe, de esperanza, de caridad y de dolor*.

«Recuerdo —continúa Don Bosco— que fue ella la que me preparó para mi primera confesión. Me acompañó a la iglesia, se confesó en primer lugar, me recomendó al confesor, y después me ayudó a hacer la acción de gracias. Continuó ayudándome hasta que me creyó capaz de hacer sólo una digna confesión» (*ibíd.*).

La confesión fue el primer sacramento que Juan recibió después del Bautismo y alrededor de los seis o siete años, como se acostumbraba en aquellos tiempos. El niño no tenía miedo del cura, porque primero había visto a su madre ponerse de rodillas con confianza para pedir perdón al representante de Dios.

Dios entró así, llevado de la mano de su madre, en la vida de Juan.

Cuando él y José salían a los verdes prados donde les esperaban los amigos para jugar, la mamá decía: «Acordaos de que Dios os ve».

A veces volvían enfadados. Habían reñido y con el morro largo discutían duramente. Delante de la madre que preguntaba por lo sucedido, alzaban la mano acusadora pronunciando las eternas palabras de los niños:

—¡Ha sido él!

Margarita no se paraba a escuchar las largas acusaciones y contraacusaciones. Decía solamente:

—Yo no os he visto. Pero Dios sí. Y sabe quién está diciendo una mentira (MBe 1,54).

Pero no era un «Dios policía» el que ella revelaba a sus pequeños. Incluso cuando el trabajo era aburrido y pesado (vigilar el horno, por ejemplo, llevaba mucho tiempo y daba un calor molesto) y nadie estaba allí para animar o para aplaudir, mamá decía: «¡Ánimo! Dios nos ve. Cuenta todos nuestros sacrificios y nos prepara un bello premio».

Dios está aquí

En verano, los amaneceres, los mediodías y los atardeceres se suceden en el esplendor del cielo profundo, enmarcado por las colinas verdes y por las nubes blancas.

Por la tarde, entre dos luces, cuando empezaba a anochecer, después del cansancio del trabajo, de las largas carreras por los senderos, y después de la cena consumida a la luz de una candelabro, mamá lleva afuera a sus pequeños. Se sientan a respirar el aire fresco y a mirar el cielo, aquel «vídeo» silencioso y bellísimo que Dios ha encendido desde hace millones de años sobre nuestras cabezas. Y les dice:

—¡Cuántas cosas bellas ha hecho el Señor por nosotros!

Juan mira estas cosas tranquilas y bellísimas, y junto a la mamá, a los hermanos y a los vecinos aprende a ver a otra persona: Dios. Una persona grande e invisible. Una persona en la que su madre tiene una confianza ilimitada, indiscutible. Una persona tan cercana que puede pensar: «Dios está aquí».

Los malditos granos de hielo

En agosto, en un cielo cargado de calor, a veces se acumulan nubes negras y densas como el plomo. Brillan los primeros

rayos, suenan lóbregos truenos. Un espectáculo que mete miedo. Los niños corren hacia casa, se apretujan junto a la mamá. Y ella:

—El Señor es potente. Es él el dueño del cielo y de la tierra. Aquellas nubecillas blancas, que durante el temporal navegan emboscadas bajo las nubes negras, son observadas con rabia por los campesinos. Son las gélidas nubes del granizo, que a veces se abate para devastar las viñas. Los granos de hielo silban en el aire, muerden y trituran las hojas verdes y se llevan en pocos minutos la cosecha de todo un año de trabajo. La cara de los campesinos se vuelve oscura como la tierra y alguno blasfema entre los dientes. ¡Ay de los niños que bromean en esos momentos! Vuelan tortas rabiosas.

También Margarita tiene la cara triste. Después de la granizada, pasa con los hijos a lo largo de las hileras, coge en la mano con delicadeza los pámpanos arrancados y los racimos aún verdes triturados por los granos de hielo, mientras dice con calma:

—El Señor nos los dio, el Señor nos los ha quitado. Él sabe por qué. Para los malos, sin embargo, estos son castigos. Con Dios no se bromea.

Pero en los días de cosecha abundante, cuando el grano se amontona en la era entre el polvo de la cáscara y la alegría rumorosa de los campesinos, dice:

—Damos gracias al Señor. Ha sido bueno con nosotros. Nos ha dado el pan cotidiano (MBe 1,55).

Cuando llamaban de noche

Pero para Margarita, Dios no habita sólo en el cielo. Está presente en los pobres y en los enfermos, en las personas que tienen necesidad de ayuda.

En las tardes de invierno, mientras el campo estaba cubierto de nieve, llamaba a la puerta de la casa algún mendigo. Don Bosco, contando a sus chicos aquellas lejanas tardes, era capaz de reconstruir de memoria los diálogos escuchados (empleando

para ello la manera de contar de los piamonteses: «Él me ha dicho... y yo he respondido...»):

—Margarita, no puedo caminar más. Quería llegar hasta Morialdo, pero tengo los pies como trozos de hielo. Dejarme estar algún minuto junto al fuego, por el amor de Dios.

Margarita le hacía venir adelante, después decía a Juan:

—Calienta un tazón de sopa.

Miraba los zapatos del mendigo:

—Están hechos trizas, y yo no sé arreglarlos. Te envolveré los pies en dos trapos de lana y después irás a dormir al pajar. Mañana estarás mejor (MBe 1,141).

Las familias donde había ancianos enfermos, que de noche se desesperaban, alguna vez iban a llamar a Margarita. Llamaban en plena noche y sabían que nunca decía que no.

No era fácil levantarse a las dos o a las tres, después de una dura jornada de trabajo. Margarita conocía, sin embargo, las palabras de Jesús: «Lo que hacéis a uno de estos pobres, a mí me lo hacéis». Se levantaba sin protestar e iba a despertar a uno de sus hijos.

Dormían el sueño profundo los niños y daba pena despertarles. Sin embargo, Margarita creía que para ayudar a un pobre enfermo era necesario también interrumpir un hermoso y largo sueño. Sus chicos debían crecer como hombres fuertes, pero también como cristianos serios. Y si no nos sacrificamos por los otros, ¿qué tipo de cristianos somos? Se acercaba a uno de los colchones de paja:

—Levántate y ven conmigo.

—¿Ahora? Tengo mucho sueño, mamá.

—También yo tengo sueño. Pero hay que hacer una obra de caridad. Levántate en silencio para no despertar a los otros.

Entraban en la pobre casa. Margarita se informaba, hacía largos masajes (cuántas espaldas curvadas por la artritis en aquellas casas frías y húmedas), y el hijo hervía agua al fuego para preparar un té. Sentado junto al fuego, tal vez se volvía a

dormir, pensando que ser cristianos como quería la mamá era una cosa seria (MBe 1,142).

El Dios de su madre

Es tal vez interesante destacar cómo se construye en la mente de Juan, durante los años fundamentales de la vida, la imagen de Dios.

Un contemporáneo suyo, el santo Leonardo Murialdo, vive en Turín en la calle Dora Grossa (ahora calle Garibaldi). Ve el sol del amanecer jugar con los cuadros sagrados de su habitación. Dice sus oraciones en el reclinatorio. Por la mañana vendrá el sacerdote Pullini a darles catequesis. Desde la calle oye el grito de los pequeños limpiachimeneas, y Leonardo pide a la madre que les deje subir. Les ayuda a limpiarse el humo negro con agua caliente y jabón, les da lo que él tenía para desayunar (rebanadas de pan con mantequilla) y las ropas que están en el armario de la familia sin usar. El pequeño Leonardo se forma así, insensiblemente, una imagen de Dios «culto, refinada». Es el Dios de los santos que contempla en los bonitos cuadros, el Dios que habla a través de personas cultas y competentes como el sacerdote Pullini, el Dios soberano que nos invita a inclinarnos sobre los hermanos que carecen de nuestro bienestar¹².

Cuando se despierta, Juan Bosco ve los árboles y el sol que acarician los cristales de la ventana y, en las ramas verdes, las mazorcas puestas a madurar. Ve también nubes de tormenta que vuelan sobre los inmensos campos nevados. Desde la cocina lo llama la madre, que se arrodilla en el suelo e invita a los hijos a rezar. Desde el campo llegan las voces de otros chicos. A mediodía, Juan bajará con ellos a los prados, descalzo como ellos y con la cara sucia como la suya. Nunca pensará en darles ropa y calzado, porque en el armario familiar no existe. Cambia con uno de ellos su único pan y da a los viejecillos un poco de su sueño. Rezar es para él hablar con Dios, sea en el suelo de la

¹² A. CASTELLANI, *S. Leonardo Murialdo*, 1, Roma 1966, cap. 3º.

cocina o en la hierba, mirando fijamente el cielo o persiguiendo una vaca descarriada.

En el pequeño Juan se forma así, inconscientemente, una imagen de Dios «popular», filtrada por la naturaleza y por el ejemplo de su madre. Su Dios es el Dios del cielo, de las estrellas, del sol, de la nieve, de los árboles y de los pájaros; es el Dios de su madre que se arrodilla en la iglesia o en suelo de casa, y después les anima a arremangarse y a trabajar para hacer crecer en los surcos el pan cotidiano. Para Juan Bosco no será necesario un reclinatorio para rezar, ni lavarse la cara para convertirse en cristianos. Enseñará a sus chicos que se puede encontrar a Dios lanzando el grito del limpiachimeneas o sosteniendo el roncal de una vaca, con la cara blanca de cemento o negra del aceite de la máquina. Si no se puede dar a los otros (en quienes está Dios) una rebanada de pan con mantequilla, se puede regalar un poco de sacrificio, de trabajo, de alegría o de sueño.

Es ésta una de tantas de las revoluciones silenciosas que Don Bosco introduce entre los cristianos de su tiempo.

6. El gran sueño

Dios habla

Cuando Juan cumple nueve años, ocurre algo extraordinario.

A este chiquillo, envuelto en una calurosa y genuina atmósfera cristiana, Dios le habla. Se comunica con él a través de un lenguaje misterioso, hecho de imágenes y de palabras: a través de un sueño.

Este contacto directo con Dios lo acompañará, advertirá y orientará durante toda la vida. Le dejará primero incrédulo, después sorprendido y a veces tembloroso.

«A los nueve años —cuenta— tuve un sueño. Me parecía estar cerca de casa, en un prado muy amplio, donde se divertía una gran cantidad de chicos. Algunos reían, otros jugaban y no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me lancé en medio de ellos e intenté hacerles callar usando los puños y las palabras.

En aquel momento apareció un hombre majestuoso, vestido noblemente. Un manto blanco cubría toda su persona. Su cara era tan luminosa que no lograba mirarlo fijamente. Él me llamó por mi nombre y me pidió que me pusiera al frente de aquellos chicos. Después añadió:

—Deberás hacerles tus amigos con bondad y amor, no pegándoles. Venga, habla y explícales que el pecado es una cosa mala y que la amistad con el Señor es un bien precioso.

Confuso y asustado, respondí que yo era un chaval pobre e ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos pilluelos.

En aquel momento los chicos cesaron en sus risas, griteríos y blasfemias, y se reunieron en torno a aquel que hablaba. Casi sin darme cuenta le pregunté:

—¿Quién eres tú, que mandas cosas imposibles?

—Precisamente porque estas cosas te parecen imposibles —respondió— deberás hacerlas posibles con la obediencia y con la adquisición de la ciencia.

—¿Cómo podré adquirir esa ciencia?

—Yo te daré la maestra. Bajo su guía uno se convierte en sabio, pero sin ella, incluso quien es sabio se vuelve un pobre ignorante.

—¿Pero quién eres tú?

—Yo soy el hijo de aquella a la que tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

—Mi madre me dice siempre que no me junte con aquellos que no conozco, sin su permiso. Por ésto, decidme vuestro nombre.

—Mi nombre preguntáselo a mi madre.

En aquel momento vi junto a él a una mujer majestuosa, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si en cada punto hubiera una estrella luminosísima. Viéndome cada vez más confuso, me hizo señal de acercarme a ella, me cogió con bondad de la mano y me dijo:

—Mira.»

Aquí tienes tu campo

«Miré y me di cuenta de que aquellos muchachos habían desaparecido. En su lugar había una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchos animales. Aquella majestuosa mujer me dijo:

—Aquí tienes tu campo, aquí es donde debes trabajar. Hazte humilde, fuerte y robusto, y lo que ahora verás que sucede a estos animales, tú lo deberás hacer con mis hijos.

Miré otra vez, y he aquí que en lugar de los animales feroces aparecieron otros tantos corderos mansos, que saltaban, corrían, balaban y hacían fiesta en torno a aquel hombre y a aquella mujer.

En aquel momento del sueño me puse a llorar. Dije a aquella mujer que no entendía nada de aquello. Entonces me puso una mano en la cabeza y me dijo:

—A su tiempo lo comprenderás todo.

Apenas había dicho estas palabras un ruido me despertó. Todo había desaparecido.

Yo permanecí sorprendido. Me parecía sentir dolor en las manos por los puñetazos que había dado, y la cara me quemaba por los tortazos recibidos.

Por la mañana conté rápidamente el sueño, primero a mis hermanos, que se pusieron a reír, después a la mamá y a la abuela. Cada uno dio su interpretación. José dijo: “Te convertirás en pastor”. Mi madre: “Quién sabe si no serás sacerdote”. Antonio criticó: “Serás jefe de bandoleros”. La última palabra la dijo la abuela, que no sabía leer ni escribir: “No hay que creer en los sueños”.

Yo era de la opinión de la abuela. No obstante, aquel sueño no logró quitármelo nunca de la cabeza» (*Memorie*, 14-16).

En la fiesta de San Pedro

El historiador Pedro Stella trata de indagar en «las circunstancias que llenaron aquel sueño de imágenes fantásticas». Dios, en efecto, para hablarnos se sirve de las imágenes y de las palabras que cada uno de nosotros lleva en su mente. Adelanta como hipótesis que el sueño haya ocurrido «en el período de la fiesta patronal de san Pedro» cuando en la iglesita resonaba durante las predicaciones la frase de Jesús: «Cuida de mis corderos y mis ovejas». Como quiera que sea —concluye— «el sueño de los nueve años condicionó el modo de vivir y de pensar de Don Bosco, y condicionó también la conducta de mamá Margarita en los meses y años siguientes» (ST 1, 29-31).

A los dos les parecía que Dios llamaba a Juan para ser sacerdote.

Y Juan pensó desde aquel momento que «su campo», el lugar donde «debía trabajar», eran los jóvenes descarriados y sin afecto, los jóvenes que van por un mal camino.

Pero él era todavía muy pequeño. Contaba con 9 años y aquella meta le parecía muy lejana. Y, en cambio...

7. A la escuela por ser sobrino de la criada

El testimonio de Vanin

Para ser sacerdote, y ayudar a los chicos del sueño, hacía falta *estudiar*. Era el camino obligatorio para tantos que querían salir del pequeño horizonte de la vida campesina y alcanzar la ciudad, que entonces significaba «fortuna», «porvenir» y «vida distinta».

Juan tenía ganas de estudiar y la ley le daba derecho a ello: las escuelas elementales gratuitas (pero no obligatorias) habían sido impuestas a todos los ayuntamientos el 23 de julio de 1822. Pero para Juan no bastaba. Había nacido en un cantón perdido entre las colinas y Castelnuovo de Asti, su ayuntamiento, estaba a cinco kilómetros. Capriglio estaba un poco más cerca, pero siempre fuera del alcance de los pasos de un niño. El maestro, además, no tenía la obligación de aceptar a chiquillos de otros ayuntamientos.

Como tantos niños inteligentes y curiosos, Juan terminó de aprender a silabear gracias a un campesino que sabía leer. «El joven Bosco —es testimonio de Miguel Rúa— tuvo como primer maestro de lectura a un buen campesino que hace años se gloriaba conmigo de haber tenido la suerte de ser su maestro.»¹³

Después llegó un pequeño golpe de suerte. «En Capriglio estaba de capellán un cierto don Bevilacqua que impartía también clase en las escuelas elementales —contaba el viejo campesino Juan Becchis, llamado *Vanin*—. Bosco tenía siete años y la madre, como no quería mandarlo a Castelnuovo porque era

¹³ *Processo di beatificazione e canonizzazione*, sess. 358, p. 4034.

muy pequeño, pidió a don Bevilacqua que le diera clase. (*Margarita tenía en Capriglio a su padre y a su madre, los abuelos de Juan.*) Éste se negaba porque no estaba obligado a aceptarle. Se le murió la criada y el Señor dispuso que ocupara su lugar una tía de Bosco (*Marianna, hermana de Margarita*). Ésta pidió rápidamente al capellán que diera clase a su sobrino: el capellán, por consideración con la criada, consiente, y Juan Bosco fue a la escuela» (DESR, 421).

Vanin confunde el nombre del cura pues éste en realidad se llamaba Lacqua. Pero también Don Bosco se confundirá llamándolo Dallacqua. El motivo es que, en aquellos tiempos, los apellidos eran variables. El bisabuelo de los Agnelli firmaba Agnel. Al capellán de la marquesa de Barolo, don Borel, se le llamaba también Borelli, Borello. En lugar de «don Cafasso», Don Bosco escribirá siempre «don Caffasso».

Curas, comerciantes arruinados y estudiantes pobretones

Juan se trasladó pues a vivir con los abuelos, y durante tres horas por la mañana (tres horas y media con la Misa) y tres por la tarde aprendía «lectura, religión y aritmética». La duración de los cursos era corta, pues coincidía con la estación muerta de los campos: desde el 3 de noviembre (después de la fiesta de los Santos y el día de los Difuntos) al 20 de marzo (vigilia de la Anunciación).

Apenas impuestas por la ley las escuelas, en el Reino de Cerdeña se habían dado cuenta de que faltaban textos escolares, materiales educativos y maestros. Los curas comenzaron a hacerse cargo de las escuelas y, durante mucho tiempo, los maestros fueron sacerdotes. Junto a ellos daban clase también comerciantes arruinados y estudiantes pobres.

La escuela elemental, en su etapa inferior, duraba dos años. Antonio, el hermano mayor de Juan, debió asistir al menos por algunos meses. De hecho, sabía firmar. Sin embargo, se opuso tercamente a que su hermanito fuese a la escuela. «Los deseos de Juan de encaminarse a los estudios para ser cura eran

ardientes. Pero graves dificultades se oponían por las estrecheces de la familia y también por la oposición de su hermanastro Antonio, que hubiera querido que él también colaborara en las labores del campo» (RUA, *ibíd.*, p.4037).

José, quizás por esa misma oposición, no fue jamás a la escuela; y durante toda la vida firmó con la humillante cruz de los analfabetos.

En la escuela de Capriglio, Juan experimentó las primeras amarguras. Venía de otro pueblo y ésto era suficiente para que los burdos labradorcillos le tomaran el pelo y lo atormentaran. «Lo maltrataban teniéndolo por tonto, sin que se atreviera a defenderse», contó Antonio Occhiena, ex-alcalde de Capriglio, que confesaba «haber tomado parte él mismo en los hechos que narra»¹⁴.

Los bastonazos de don Lacqua

Don Lacqua, aunque no había querido darle clase, lo defendió. Repartió bastonazos (según era costumbre) en las manos y en las espaldas de los ruidosos y maleducados campesinos. En sus *Memorias* Don Bosco escribirá con reconocimiento: «Mi maestro fue un sacerdote muy piadoso, don José Dallacqua. Me trató con mucha gentileza, se tomó a pecho mi educación y más aún mi educación cristiana» (p. 14).

Luis Deambrogio, hurgando en los archivos, halló algunas páginas de don Lacqua. Escribe con emoción: «Aquella bella escritura, todavía con porte dieciochesco, de forma armoniosa, ordenada y clara. ¡La escritura de quien ha enseñado a escribir a Juanito Bosco y le ha sostenido la mano en las primeras pruebas!»¹⁵. Pero aquella amorosa escuela de caligrafía no debió ser muy eficaz, ya que Don Bosco tuvo después una letra pésima, que ponía en dificultades a quien debía reescribirla o simplemente interpretarla. (También yo he hecho la prueba, sacándo-

¹⁴ M. MOLINERIS, *Don Bosco inedito*, Colle Don Bosco 1974, p. 137.

¹⁵ L. DEAMBROGIO, *Le passeggiate autunnali di Don Bosco*, Castelnuovo Don Bosco 1975, p. 191.

me los ojos en los largos párrafos de las *Memorias*, escritos de una manera verdaderamente imposible.)

Cuando, cercana la fiesta de la Anunciación, don Lacqua puso en libertad a sus diablillos, prestó a Juan (que tenía más ganas de leer que todos los demás juntos) tres libros: *Los Reales de Francia*, *El Güerrín mezquino* y *Bertoldo y Bertoldino*. Creía ayudarle a pasar algunas tardes divertidas pero, en realidad, lo encaminaba por un sendero de éxitos y sorpresas.

8. Sobre un banco y sobre una cuerda

Espíritus en el desván

Juan Bosco era un narrador nato. Le gustaba contar (cosa que pasa a muchos) y a los demás les gustaba escucharlo (cosa que le sucede a pocos).

Desde los primerísimos años, recuerda en sus *Memorias*, lo que atraía a sus jóvenes amigos «y les divertía muchísimo eran mis cuentos» (p. 19).

En los días de lluvia los chicos se aburrían. Terminaban sentándose en el pajar, y él contaba. ¿Qué cosa?, pues los hechos más curiosos que le habían sucedido.

Un «fragmento fuerte», contado quién sabe cuántas veces y escenificado de muchas maneras, era el episodio de los espíritus en el desván, ocurrido durante una vendimia en Capriglio. En torno a la mesa, la noche era avanzada, el abuelo narraba socarrón cosas sobre brujas y fantasmas, cuyos lamentos a veces se oían en el desván. Quería meter un poco de miedo a mujeres y niños, y en cambio «¡cataplum!», un golpe en el techo hizo saltar a todos con el corazón en un puño, incluso al viejecillo cogido por sorpresa. Y después del golpe se oyó un ruido como de algo que se arrastra. Como ocurre en estos casos, una mujer gritó: ¡Virgen María, los muertos!». El miedo se palpaba. Juan, en cambio, (y lo contaba con sinceras muestras de modestia), ni siquiera sentía una sombra de miedo. Se levantó, empuñó un bastón y dijo al abuelo: «Lo que se arrastra no es un muerto, sino una garduña que te comerá las gallinas. Voy a echarla fuera». Alboroto de las mujeres y mamá Margarita, que tiene también miedo, acaba por dar la razón a Juan, y le espera al pie de la escalera con dos lámparas. En el desván, las luces hacen vislumbrar un cesto de mimbre volcado que camina. Otro alboroto de las muje-

res, hasta que Juan coge el cesto y... suelta a una gallina asustada. Al pobre animal se le había caído encima el cesto mientras picoteaba los granos de trigo aprisionados entre los mimbres, y lo llevaba de aquí a allá, rabiosa y asustada, intentando liberarse. Todo terminó en unas carcajadas enormes y con la pobre gallina en la cazuela (MBe 1,83s).

El best-seller de las veladas campesinas

Juan era un chiquillo y no tenía todavía muchas cosas suyas que contar. Por consiguiente, después de la aventura de la gallina que terminó en la cazuela, y la del ladrón que quería robarle los pavos, «contaba esos hechos que había escuchado en los sermones». Pero a menudo los hechos se habían terminado y la lluvia continuaba. Y un día le vino la gran idea: «Esperad, voy a coger un libro que me ha prestado don Lacqua». Y volvió con *Los Reales de Francia*.

Desde aquel día las aventuras maravillosas del emperador Carlomagno y de sus paladines, las masacres provocadas por la espada mágica Durlindana y las traiciones de Gano tuvieron un éxito fulminante.

En el invierno, las familias pasaban las tardes al calor de los establos. La voz de que Juan Bosco leía historias maravillosas se corrió velozmente. «Me invitaban todos. (...) Estaban contentos de pasar una tarde escuchando inmóviles la lectura de los *Reales de Francia*. El pequeño y pobre lector estaba de pie sobre un banco para que todos pudieran verlo» (*Memorie*, 20).

«A los once años hacía juegos de manos»

En el «sueño de los nueve años» había visto una muchedumbre de muchachos, y se le había pedido que les hiciera el bien. Casi sin darse cuenta había comenzado así: con los cuentos en el pajar y en los establos. «Es curioso el hecho —recuerda— que por allí se decía: “Vamos a escuchar el sermón”, porque antes y después de mis cuentos hacíamos todos el signo de la cruz y recitábamos un *Ave María*» (*Memorie*, 20).

¿Por qué no continuar haciendo el bien a aquellos muchachos en la hermosa estación que ya comenzaba en el campo, entre los pétalos blancos de los almendros y los rosas de los melocotoneros?

Y esto es lo que hizo.

«Los días en que se celebraba mercado y feria iba a ver a los charlatanes y saltimbanquis. Observaba atentamente sus juegos de manos y sus ejercicios de destreza. Una vez en casa, ensayaba y reensayaba hasta que lograba realizarlo también yo. Son inimaginables las caídas, los resbalones y los tumbos a los que os arriesgáis. Con todo, aunque es difícil creerme, a los once años yo hacía juegos de manos, el salto mortal, caminaba con las manos, saltaba y bailaba en la cuerda como un saltimbanqui profesional.

Los días de fiesta, los chicos de las casas vecinas y también los de barrios lejanos venían a buscarme. Daba el espectáculo haciendo algunos juegos que había aprendido.

En I Becchi hay un prado en el que crecían diversas plantas. Una de ellas era un peral de otoño, muy robusto. A aquel árbol ataba una soga que tiraba hasta anudarla en otro. Al lado colocaba una mesita con la bolsa del prestidigitador. Sobre el suelo extendía una alfombra para los ejercicios a cuerpo libre.

Cuando todo estaba preparado y muchos espectadores esperaban ansiosos el comienzo, invitaba a todos a rezar el Rosario y a cantar un canto religioso. Después subía a una silla y pronunciaba el sermón. Es decir, repetía el que había escuchado por la mañana durante la Misa, o contaba algún hecho interesante que había escuchado o leído en un libro. Acabado el sermón, todavía se rezaba una breve oración, y después comenzaba el espectáculo. El predicador se transformaba en un saltimbanqui profesional.»

Antonio, 18 años, miraba desde lejos

«Realizaba saltos mortales, caminaba con las manos y hacía piruetas arriesgadas. Después, comenzaba los juegos de manos.

Tragaba monedas e iba a recuperarlas en la punta de la nariz de los espectadores. Multiplicaba las bolitas rojas, los huevos, convertía el agua en vino, mataba y hacía trozos un pollo para volverlo a resucitar poco después y cantar con alegría.

Finalmente, saltaba sobre la cuerda y caminaba tan seguro sobre ella como sobre un sendero: saltaba, bailaba, me apoyaba con las manos soltando los pies al aire, o volaba cabeza abajo suspendido de los pies.

Después de algunas horas estaba cansadísimo. Concluía el espectáculo, rezábamos una breve oración y cada uno volvía a su casa. De mis espectáculos excluía a aquellos que habían blasfemado, sostenido malas conversaciones, y a quien rechazaba rezar con nosotros.

(...) Mi madre me quería mucho. Yo le contaba todo: mis proyectos, mis pequeñas empresas. Sin su aprobación no hacía nada. Ella sabía todo, observaba todo y me dejaba hacer» (*Memorie*, 20s).

Pero había otro también que observaba todo: el hermano Antonio, que ahora tenía 18 años y era fuerte y receloso como un novillo. Lo miraba de lejos y masticaba rabia. En la mesa algunas veces estallaba: «¡Yo me rompo los huesos en los campos, y éste aquí hace el charlatán! Crecerás lleno de vicios». Juan sufría al escuchar aquello.

9. La primera Comunión

Un libro que le acompañará toda la vida

En febrero de 1826 murió la abuela. Para Juan supuso un dolor profundo. (El nieto más pequeño, ya se sabe, es el preferido de la abuela.) Pero fue también una pérdida relevante para la familia: la viejecilla era autoritaria, pero estaba atenta a los chiquillos y sabía levantar la voz cuando era necesario.

Fue probablemente con ocasión de la sepultura cuando mamá Margarita se desahogó con el párroco don Sismondo. Juan crecía visiblemente, y se manifestaba (a diferencia de José) vivaz, apasionado, incluso rebelde. Ella hacía todo lo que podía para ayudarlo a crecer bien. ¿Pero, a la larga, la falta del padre no se sentiría? Pidió que su niño, aunque todavía no tenía once años (en aquel tiempo era preciso haber cumplido al menos doce) pudiera hacer la primera Comunión. Margarita era una cristiana verdadera, y creía que la Eucaristía daría a Juan la fuerza para hacerse responsable, en una vida todavía abierta de par en par a la incertidumbre. «Quizás la particular condición afectiva suya (de Juan) y de la madre influyeron en la decisión del párroco —escribe Pedro Stella— que le concedió la Comunión a los casi once años» (ST 1,31).

Para ser admitido a la Comunión era necesario aprender el *Breve Catecismo para los niños* y después hacer un examen. Juan leía ya bien y Margarita conocía de memoria largos párrafos de aquel librito.

Se llamaba *Breve*, pero para un chico era largo: 14 lecciones, cada una formada por una veintena de preguntas y respuestas, con frecuencia minuciosas y abstractas. Evidentemente un niño de 10 años y medio no podía aprender de memoria todo aquello. Con la ayuda de la mamá, Juan aprendió las cosas principales, descartando las difíciles y aburridas.

El «condensado» de Don Bosco

¿Qué tomó y qué descartó Juan? Es difícil decirlo, pero cuando sea sacerdote y deba preparar a otros niños a la primera Comunión, Don Bosco hará un «condensado» del *Breve Catecismo*. Lo reducirá de 14 a 9 lecciones, y en cada una reducirá el contenido a la mitad y simplificará las respuestas. Repetirá muchos años después —podemos pensar— lo que había hecho en las colinas de I Becchi con la ayuda de su madre.

Conmueve un poco pensar que aquellas preguntas y respuestas fueron las primeras que Margarita ayudó a imprimir en la mente de su Juan, orientándolo para siempre sobre los grandes problemas de la vida y de la muerte. «Quien quiere explorar las “fuentes” de la manera de pensar y de educar de Don Bosco, difícilmente podrá exagerar el influjo ejercido por el *Breve Catecismo* que él aprendió de su madre» (P. Braidó).

Del «condensado» que Don Bosco hizo, transcribo la primera y la quinta lección (las exigencias de espacio no permiten hacer más). Aquellas palabras sencillísimas Don Bosco las llevó siempre en la mente, las explicó a infinitos chicos, y las presentó incansablemente en sus libros y en sus conversaciones. Nos explican su mentalidad.

LECCIÓN PRIMERA

Pregunta: ¿Quién te ha creado?

Respuesta: Me ha creado Dios.

P. ¿Con qué fin Dios te ha creado?

R. Dios me ha creado para conocerlo, amarlo, servirlo en esta vida, y por medio de ésto llegar a gozar de él para siempre en la patria celeste.

P. ¿Quién es Dios?

R. Dios es un espíritu perfectísimo, creador y Señor del cielo y de la tierra.

P. ¿Quién ha creado a Dios?

R. Dios no ha sido creado por nadie.

- P. ¿Dónde está Dios?
- R. Dios está en el cielo, en la tierra y en todos los lugares.
- P. ¿Dios ve todas las cosas?
- R. Dios ve todo, incluso nuestros pensamientos.
- P. ¿Desde cuándo existe Dios?
- R. Dios ha existido siempre y existirá siempre.
- P. ¿Cuáles son los misterios principales de nuestra santa fe?
- R. Los misterios principales de nuestra santa fe son los de la unidad y trinidad de Dios, y el de nuestra redención.
- P. ¿Qué quiere decir unidad?
- R. Unidad quiere decir que hay un sólo Dios.

LECCIÓN QUINTA

- P. ¿Jesucristo volverá de forma visible a esta tierra?
- R. Sí, él volverá al fin del mundo.
- P. ¿Qué vendrá a hacer al fin del mundo?
- R. Vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos, o sea, a los buenos y a los malos.
- P. ¿De qué nos juzgará?
- R. De todo el bien y de todo el mal que hayamos hecho.
- P. Cuando el hombre muere, ¿dónde se lleva el cuerpo?
- R. Cuando el hombre muere, su cuerpo se lleva al Sepulcro.
- P. ¿Y su alma dónde irá?
- R. Su alma que es inmortal deberá presentarse delante de Dios para ser juzgada.
- P. ¿Cuántas clases de juicio hay?
- R. Hay dos juicios: uno particular, otro universal.
- P. ¿Cuál es el juicio particular?
- R. Es aquel que Jesucristo hace del alma de cada uno inmediatamente después de la muerte.

- P. ¿Cuál es el juicio universal?
- R. El juicio universal es aquel que Dios hará de todos los hombres al fin del mundo.
- P. ¿Dónde van aquellos que mueren en gracia de Dios?
- R. Los que mueren en gracia de Dios van al paraíso.
- P. ¿De qué gozan los buenos en el paraíso?
- R. Estarán allí por toda la eternidad.
- P. ¿Dónde irán aquellos que mueren en pecado mortal?
- R. Los que mueren en pecado mortal irán al infierno.
- P. ¿Qué penas sufrirán los condenados en el infierno?
- R. La privación de la vista de Dios, el fuego eterno y todo tipo de mal sin bien alguno.
- P. ¿Por cuántos pecados se puede ir al infierno?
- R. Basta un solo pecado mortal¹⁶.

Mejor, al menos un poco

Entre pregunta y pregunta, Margarita contaba a Juan los hechos más bonitos de la vida de Jesús: la resurrección de Lázaro, la curación de los leprosos y del ciego de nacimiento, la multiplicación de los panes, la tempestad calmada por sus palabras, la Última Cena, la Pasión, la Muerte y la Resurrección. Como tantas madres que han transmitido a los hijos el gusto de imaginar y de contar, Margarita debía ser una gran narradora. Juan, encantado, aprendía de ella a conocer y a amar a Jesús.

En Cuaresma intentó asistir con frecuencia a la catequesis. Si llovía, abría el paraguas y se ponía los zuecos. El zagal compañero suyo, que lo veía salir con aquel mal tiempo, lo contará bastantes años después.

La Pascua de 1826 caía en 26 de marzo. En la iglesia de Castelnuovo se amontonaban muchos niños, muchos padres y

¹⁶ P. BRAIDO, *L'inedito «Breve Catechismo per i fanciulli ad uso della diocesi di Torino» di Don Bosco*, LAS, Roma 1979, pp. 56-61.

madres, muchas flores y amigos. Don Sismondo no lograba tener a todos callados. En aquella bulliciosa y un poco confusa asamblea, era difícil pensar en el «centro» de todo: en el encuentro con Jesús. Margarita, no obstante, estaba al lado de su hijo.

«No me dejó hablar con ninguno. Me acompañó a la comunión. Hizo conmigo la preparación y la acción de gracias. Aquel día me repitió varias veces:

—Hijo mío, estoy segura de que Dios se ha convertido en el dueño de tu corazón. Prométele que te comprometerás a ser bueno durante toda la vida.

He recordado siempre las palabras de mi madre. Antes no tenía ninguna gana de obedecer. Respondía siempre a quien me daba un mandato o un consejo. Desde aquel día me parece que soy mejor, al menos un poco» (*Memorie*, 23).

10. A los 12 años en busca de trabajo

El libro junto a la azada

Junto a don Lacqua, Juan había completado la escuela elemental inferior en dos inviernos. Para Antonio (que había tolerado ya de mala gana esta novedad) el asunto había terminado. Ahora Juan tenía que coger la azada como todos y sudar en las viñas.

Juan en cambio tenía la esperanza de continuar los estudios: en Castelnuovo, donde el ayuntamiento había abierto, junto a las escuelas elementales, un curso de latín estructurado en cinco cursos; o incluso en Chieri.

En rápidas escapadas a Capriglio se hacía prestar nuevos libros de su maestro, y utilizaba todo retazo de tiempo para aprender algo más. «Con una mano cogía la azada, con la otra la gramática.»

Junto con los otros cavaba, sachaba, recogía la hierba. Pero, llegada la hora de la comida, se ponía a un lado. Mientras moría el pan, reabría las páginas. También durante la cena, muy entrada la tarde, había un libro constantemente abierto junto a su plato.

«No obstante tanto trabajo y tanta buena voluntad —escribe Don Bosco—, Antonio no estaba satisfecho. Un día, con tono decidido, dijo a mi madre y a mi hermano José:

—Es hora de acabar con esta gramática. Yo me he hecho grande y fuerte y no he tenido nunca necesidad de libros.

En un arrebató de dolor y de rabia respondí:

—Tampoco nuestro burro ha estado en la escuela, y es más fuerte que tú.

Con aquellas palabras José se enfureció y a duras penas pude escapar de una lluvia de puños y de tortas. Mi madre estaba consternada y yo lloraba» (*Memorie*, 27s).

El frío en el corazón

Este choque (el último de una larga serie) tuvo lugar en enero de 1827. Cada año, por la fiesta de la Anunciación (25 de marzo), salían los padres de las familias pobres con los hijos mayores en dirección al mercado. Allí se daban cita los patrones de las granjas, que venían a «alquilar» los chicos por un año de trabajo. Por ocho meses de trabajo (abril-noviembre) como aprendiz de establo o labrador en los campos, el chico recibía a cambio el alimento y un rincón donde dormir. Su padre cobraba de 5 a 20 liras según la fortaleza del chico-trabajador. También Juan, si no hubiera logrado convertirse en estudiante, después de un año y pocos meses hubiera ido al mercado a «ofrecerse» a un amo.

Margarita, sin embargo, la noche después del arrebato de Antonio, tomó la decisión más amarga de su vida. De mañana llamó a Juan. Le dijo que Antonio, con sus diecinueve años, un día u otro le hubiera podido hacer daño seriamente. Ella no lograba pararlo ni hacerle entrar en razón. Era mejor que Juan se fuera de casa pronto, a buscar un puesto de aprendiz. Le indicó algunas alquerías de la zona de Morialdo y de Moncucco. Le habló especialmente de una familia que conocía, los Moglia. Estos vivían en una alquería a algunos kilómetros de Moncucco y la dueña de la casa, Dorotea Filippello, era de Castelnuovo.

Juan obedeció a su madre. Se fue sólo con un hatillo debajo del brazo: algún pañuelo, dos camisas, dos libros prestados por don Lacqua (el último hilo que lo unía a un porvenir distinto). Mamá había metido en el hato también una hogaza de pan para calmar el hambre a lo largo de la marcha. Durante el largo camino, cuando nadie le veía, la reblandecía con sus lágrimas. Había hielo y nieve en la carretera y en las colinas.

Bajó hasta Castelnuovo, después giró a la izquierda hacia Moriondo, y luego a la derecha para Moncucco. Ocho kilóme-

tros. Lo intentó en las alquerías indicadas por la madre, pero allí no tenían trabajo para un niño. A mediodía, con el frío que se metía hasta el corazón, llegó a la granja de los Moglia. Era su última esperanza.

La familia sobre la era

En 1888, a pocos meses de la muerte de Don Bosco, los salesianos mandaron a I Becchi, a Castelnuovo y a Moglia, a don Segundo Marchisio, para que recogiese todos los testimonios que quedaran sobre la niñez de Don Bosco.

En la alquería de los Moglia, don Marchisio encontró, muy anciana pero muy lúcida, a la señora Dorotea Moglia, de ochenta y seis años. Junto a ella sus hijos: Ana (nacida en 1822) y Jorge (nacido en 1825). Los hijos recordaban especialmente episodios contados por su padre Luis, muerto seis años antes, y repetidos muchas veces cuando Don Bosco venía a visitarles. (La amistad con los Moglia duró siempre: en 1840 fue padrino de bautismo del último hijo de Luis y Dorotea, Luis Juan Bautista.) Dorotea recordaba de memoria aquel lejano mediodía en el que Juan vino a llamar a su puerta. Ella tenía entonces veinticinco años. Traduciendo del piamontés las palabras de la viejecita, don Segundo Marchisio pudo reconstruir el diálogo que se desarrolló en la era. He aquí el testimonio con las mismas palabras escritas por él en aquel 1888.

«Relación tenida en casa Moglia donde Juan Bosco estuvo de vaquero desde la mitad de enero del año 1827 hasta la Navidad de 1829.

Mediados de enero de 1827. La familia Moglia se encontraba en la era preparando los mimbres necesarios para las viñas, cuando he aquí que se presenta un jovencito con un paquete bajo el brazo:

Moglia. ¿A quién buscas, chaval?

Bosco. Busco a Luis Moglia.

M. Soy yo. ¿Qué deseas?

B. Mi madre me dijo que viniera a trabajar como vaquero para vosotros.

M. ¿Quién es tu madre? ¿Y por qué te manda fuera de casa tan pequeño como eres?

B. Mi madre se llama Margarita Bosco: ella, viendo que mi hermano Antonio me maltrata y me pega siempre, ayer me dijo: “Toma estas dos camisas y dos moqueros¹⁷ (= pañuelos), ve al Bausone y llama en algún puesto para que te acojan como criado; si allí no lo encuentras vete a la alquería Moglia, situada entre Mombello y Moncucco: allí llamarás al dueño. Dile que soy yo, tu madre, quien te manda y espero que te acepte”.

M. Pobre chaval, yo no puedo cogerte ahora porque estamos en invierno y a los vaqueros que tenemos les despedimos. No solemos contratar hasta después de la Anunciación. Ten paciencia y vete a casa.

B. ¡Aceptadme, por favor! Aunque no me déis nada como paga.

M. No te quiero, serás incapaz de hacer nada.

B. (Llorando) Aceptadme: si no me siento en el suelo y no me moveré de aquí.

Y diciendo esto Bosco se puso a recoger con los demás los mimbres dispersos por la tierra. Dorotea Moglia persuadió a su marido para que le diera al menos durante algún día a aquel pobre jovencito, como así hizo. Después de algunos días, Luis Moglia mandó a Bosco a casa para decir a su madre que viniera a Castelnuovo el próximo jueves y que con ella acordarían el salario que dar al hijo. Se convino entregar como paga a Juan Bosco 15 liras anuales. (Es necesario señalar que en aquel tiempo 15 liras anuales era una paga más bien generosa para un vaquero de doce años.)» (DESR, 422). Correspondían, más o menos, a 60.000 liras de 1986¹⁸.

¹⁷N. del T.: La palabra que utiliza es «moccichini».

¹⁸Traducir en liras de hoy las liras de los tiempos en que vivió Don Bosco es un problema prácticamente insoluble. Se debe tener en cuenta, en efecto, el valor en oro de la lira, el sueldo de los trabajadores, el coste de las mercancías y de la vivienda, de los alquileres. Pero incluso así los resultados no son adecuados, porque las dos liras que recibía un obrero por doce horas labo-

En las líneas siguientes, don Marchisio tomó notas de siete hechos que Dorotea y sus hijos contaban en relación con la estancia de Juan en su alquería.

Cuando se abrió el «proceso diocesano turinés» para hacer santo a Don Bosco era 1893. La señora Dorotea había cerrado los ojos en 1890. Su hijo Jorge fue llamado a testimoniar sobre los recuerdos «oídos a los padres y a otros familiares».

Sobre el hilo de este testimonio juramentado suyo, y sobre los siete hechos anotados por don Marchisio cinco años antes, se puede reconstruir una sutil trama sobre los tres años pasados por Juan con los Moglia.

rables y las dos liras con las que un estudiante pagaba un libro de trescientas páginas, no se pueden traducir con una única cifra. De hecho las mercancías que un obrero compraba con dos liras tienen hoy un coste muy distinto del de un libro de trescientas páginas.

No obstante, por dar una «cierta» orientación, traduzco las cifras de entonces en cifras de hoy sirviéndome de la publicación ISTAT, *Valor de la lira desde 1861 a 1972*, exactamente del cuadro de la p. 15: «Coeficientes para multiplicar valores expresados en liras...», columna primera «Coste de la vida». Para los valores precedentes a 1861 y para transportar algunas cifras desde 1972 a 1986 me he servido del consejo de Segundo Caselle y de algunos expertos en economía (que, no obstante, ven la operación con sospecha).

11. El pequeño vaquero

Los granos y las espigas

Luis Moglia confió a Juan al vaquero de la granja, el viejo José, al que todos llamaban «tío». Por la mañana temprano, Juan se presentaba ante él y le echaba una mano en el trabajo del establo. Primero ordeñaban las vacas llenando grandes baldes de leche. Después sacaban, con la horquilla y la carretilla, el estiércol y lo sustituían por un «lecho seco de paja», para que las vacas pudieran recostarse tranquilas.

Llegaba entonces el momento de darles el «desayuno». Juan subía al henil y tiraba en los comederos el heno. Luego, el tío José llevaba los animales al abrevadero. Aún quedaba el último trabajo: cepillar enérgicamente la dura piel de las vacas para que estuvieran bien limpias, y las moscas y los tábanos no les atormentaran.

Ahora era el momento de «su» almuerzo. Se sentaban sobre un montón de paja y masticaban despacio el pan.

Antes del desayuno, de la comida y de la cena, Margarita había enseñado a su hijo a ponerse de rodillas y a recitar la oración del *Angelus*. Juan permaneció fiel a aquella oración también en la alquería Moglia, y José frecuentemente le tomaba el pelo por ello. Un día él volvía sudado del campo y vio a Juan de rodillas rezando. Soltó, medio en bromas medio en serio: «Así va el mundo. Los dueños sudan y los aprendices rezan». Juan se había encariñado ya con aquel viejo áspero y bondadoso, y le respondió: «Mi madre me ha enseñado que, si se reza, de dos granos nacen cuatro espigas. Pero si no se reza, de cuatro granos nacen sólo dos espigas. Por tanto, debería rezar también usted». El viejo rió y rezongó: «Ha hablado el maestro».

El sábado por la tarde, Juan se acercaba a la señora Dorotea y le pedía permiso para escuchar la primera Misa del día

siguiente. Dorotea no entendía el motivo de aquella caminata de una hora de duración hecha casi en la oscuridad y alguna vez entre la nieve. Y menos cuando a las once todos los domingos, la familia iba a la Misa mayor, guiada por el señor Luis, y Juan les acompañaba. Quiso aclararse y un domingo por la mañana, de incógnito, lo siguió. Vio que, una vez que entraba en la iglesia, Juan iba a confesarse con el párroco don Cottino, escuchaba la Misa y tomaba la Comunión. Entonces entendió: en la «Misa mayor» que se decía antes de mediodía, en aquellos tiempos no se distribuía la Comunión a los fieles. Para poder recibir la Eucaristía, Juan hacía todos los domingos aquella caminata.

Vuelven los cuentos sobre el henil

El domingo a mediodía los chicos se aburrían un poco. No sabían cómo jugar con la nieve o con la lluvia en los prados. Juan pidió subir con ellos al henil. Hizo algunos juegos de magia, que arrancaron aplausos. Y después se puso a contarles historias. No tenía consigo *Los Reales de Francia*, pero a fuerza de leerlo lo recordaba de memoria. Les contaba los hechos más bonitos de la vida de Jesús, como se los había contado su madre. Los chicos y las chiquillas escuchaban encantados.

El hecho se difundió: el aprendiz de los Moglia contaba cuentos bellísimos. El henil se convirtió en un multitudinario lugar de encuentro. Los domingos a mediodía llegaban corriendo «todos los chicos y chicas de las familias cercanas y subían todos al henil» (*Testimonio de Dorotea*).

En primavera, el trabajo de Juan cambió. El tío José lo mandaba por la mañana a guiar los bueyes, que tiraban del arado, empuñado por las manos robustas del dueño. A mediodía le decía: «Coge las vacas y llévalas al pasto».

Y he aquí dos recuerdos de Dorotea transcritos por don Segundo Marchisio: «Yendo a guiar los bueyes, atados al arado, tenía siempre el libro en la mano. Así, tiraba con la derecha de los bueyes y con la izquierda sostenía el libro. No se le vio ir al

pastizal ni una sola vez sin libro, sino que se ponía a la sombra de algún arbusto para estudiar o leer».

Luis Moglia no se lamentaba: el trabajo estaba bien hecho. Pero sacudía la cabeza con extrañeza. Un día le preguntó por qué leía tanto y oyó responder: «Porque quiero ser sacerdote». Luis pensó en esto, y volvió a sacudir nuevamente la cabeza: para pagarse los estudios hasta llegar a ser cura, médico o abogado, en aquel tiempo eran necesarias de 6 a 10 mil liras (una treintena de millones de 1986). ¿De dónde las sacaría aquel chaval?

A la espera de Dios y de los hombres

A don Marchisio le contaron un episodio extraño: «Un día aparentaba sus vacas en un prado poco distante de la alquería. De repente, la dueña, Dorotea Moglia, y su cuñado Juan Moglia ven que Bosco está de rodillas muy cerca de una vaca. Creen que esté durmiendo al sol y lo llaman en voz alta, pero como no lo ven moverse, Juan Moglia se dirige hacia él llamándole. Al aproximarse pudo comprobar que Bosco estaba arrodillado y que sostenía un libro entre las manos caídas. La cara estaba dirigida graciosamente al cielo y tenía cerrados los ojos. Moglia, tocándolo ligeramente le dice: “¿Por qué duermes así al sol?”. “No, no, respondió Bosco, yo no dormía”; y diciendo esto se levantó muy confundido por haber sido descubierto en su meditación» (DESR, 421-22).

Dorotea y Juan no se habían dirigido a Juan preocupados sólo porque durmiera al sol. En aquel tiempo, los aprendices desnutridos tenían la costumbre de ordeñar a escondidas las vacas y de beber la leche mientras estaban en el prado. Estaban, por tanto, vigilándole. Al verle arrodillado «muy cerca de una vaca», los dueños sospecharon también de él. Pero lo encontraron absorto en oración. Pedro Stella, en uno de los raros momentos en los que cede a la emoción, comenta: «No fueron por consiguiente años inútiles, de paréntesis, sino que en ellos se arraigó más profundamente en él el sentido de Dios y de la contemplación. En ellos pudo experimentar la soledad o

el coloquio con Dios durante el trabajo del campo. Son años que se pueden definir de espera absorta y suplicante, de espera de Dios y de los hombres» (1, 36).

La chiquilla enfadada

En ocasiones bajaba a jugar al prado Ana, la chiquilla de los Moglia. Estaba cansada de estar sola y quería jugar con alguien. Pero Juan a menudo no se daba cuenta de su presencia y continuaba leyendo. Ana se enfadaba: «¿Por qué no juegas conmigo?». Juan le sonreía: «Debo hacerme cura y para ello tengo que estudiar». Ana, enfurruñada, meneaba la cabeza: «No es verdad. Tú serás un vaquero como el tío José». «Escúchame bien —le dijo un día Juan—. Yo seré cura de verdad, y tú un día vendrás a confesarte conmigo.»

Así ocurrió. Ana se casó en Moriondo con José Zucca, se convirtió en madre, y con frecuencia iba al Oratorio de Valdocco con sus hijos. En la pequeña iglesia de San Francisco de Sales se confesaba con Don Bosco y escuchaba la Misa. Don Bosco la acogía con alegría, como a una hermana.

Un día de 1828, el dueño llevó a Juan a plantar una nueva hilera de vides. Aquel trabajo cansó mucho a Juan. Al final dijo: «Me han costado mucho, pero durarán más que las otras». Dorotea, sesenta años después contaba: «Las vides plantadas por otros en tantas otras hileras han sido cambiadas dos veces porque no daban fruto; la hilera plantada por Don Bosco produce todavía el doble de fruto; y de aquella hilera, Don Bosco conservaba siempre un cariñoso recuerdo, informándose con frecuencia y deseando probar su uva» (DESR, 422s; MBe 1, cap. 22).

12. Un viejo cura y cuatro cuartos

Despedida en la era

Un tío de Juan, Miguel Occhiena, llegó a la era de la alquería Moglia en los primeros días de noviembre de 1829. Juan estaba sacando las vacas del establo. Tuvieron una conversación franca, «entre hombres». Por San Martín (11 de noviembre) finalizaban los contratos agrícolas. Muchos mozos hacían el hatillo y regresaban a casa. Juan dijo a su tío que no se sentía con fuerza para permanecer allí otro año. Le trataban bien, pero él quería estudiar. Dentro de algunos meses cumpliría 15 años. Permanecer otro año significaba decir adiós para siempre a sus últimas posibilidades.

Miguel Occhiena tenía relaciones comerciales con el Seminario de Chieri (era el proveedor de vino). Podía acercarse a los curas de la zona y encontrar alguno que estuviera dispuesto a dar clases al sobrino. Y si no lo lograba, siempre estaba la escuela de Castelnuovo.

La conclusión fue que Juan terminase el contrato con los Moglia y volviera a I Becchi.

Luis, Dorotea, «tío» José y Ana se despidieron de Juan. Le hubieran mantenido gustosamente con ellos, pero habían entendido que su camino era otro. Incluso Ana, pensaba ahora que aquel chico serio e inteligente podía llegar a ser algo más que un «vaquero».

En casa hubo una segunda discusión seria, esta vez con Antonio, que tenía 21 años y se preparaba para casarse. Después de recibir garantías de que el mantenimiento de Juan y el pago de sus estudios no recaerían sobre él, aceptó que hiciera lo que quisiera.

El tío Miguel comenzó a moverse y a preguntar a algunos curas. Pero la solución llegó por otro lado.

Don Calosso

En aquel noviembre, en Buttigliera, se celebró una misión extraordinaria. Fue mucha gente y también Juan. Por la tarde regresaba a casa mezclado con el resto de la gente que venía de Morialdo y de I Becchi. Había también un sacerdote muy anciano, desde hacía apenas unos meses nombrado capellán en Morialdo. Caminaba encorvado y había querido acompañar en la «misión» a sus parroquianos.

Se llamaba Juan Melchor Calosso (¡llevaba los mismos nombres que el chaval con el que se iba a encontrar!). Se había licenciado en teología en la Universidad de Turín en el lejano 1782, y nueve años después había sido nombrado párroco de Bruino. Después de 22 años en ese cargo se había retirado para curarse de su inestable salud. Había sido huésped de su hermano, el párroco de Berzano, y en el verano de aquel año 1829, había aceptado la capellanía de Morialdo. Tenía ya 70 años.

Durante el camino, don Calosso vio a aquel chico bajito, de cabellos ensortijados y al que no había visto nunca entre los suyos (Juan había regresado hacía muy poco de la alquería Moglia). Para hacerse amigo de él se acercó con bondad. En sus *Memorias*, Don Bosco cuenta este encuentro y reconstruye el diálogo entre él y el anciano sacerdote¹⁹.

«—¿De dónde eres, hijo mío? ¿Has venido tú también a la misión?

—Sí, he estado en el sermón de los misioneros.

—¡Quién sabe si habrás entendido algo! Tal vez tu madre te hubiera podido hacer un sermón más oportuno. ¿No es verdad?

¹⁹ Algunos se maravillan de los frecuentes diálogos presentes en las biografías de Don Bosco. Sin embargo, éstos no son una reconstrucción arbitraria. Son la manera normal de expresarse de Don Bosco y los testimonios que cuentan de él. Basta pensar que de las 180 páginas manuscritas que constituyen las *Memorias autógrafas* de Don Bosco, la mitad contienen diálogos.

—Es verdad, de mi madre recibo con frecuencia buenos sermones. Pero me parece que he entendido también a los misioneros.

—Ánimo, si me dices cuatro palabras del sermón de hoy, te doy cuatro monedas. (...)

Sin dificultad expuse la introducción, y después los tres puntos del desarrollo (...). Don Calosso me dejó hablar durante más de media hora mientras caminábamos detrás de la gente. Después me preguntó:

—¿Cómo te llamas? ¿Quiénes son tus padres? ¿Has ido a la escuela?

—Me llamo Juan Bosco. Mi padre murió cuando yo era todavía niño y mi madre es viuda con tres hijos que mantener. He aprendido a leer y a escribir.

—¿No has estudiado la gramática latina?

—No sé lo que es eso.

—¿Te gustaría estudiar?

—Muchísimo.

—¿Qué te lo impide?

—Mi hermano Antonio. Dice que ir a la escuela es perder tiempo. Pero si pudiese ir a la escuela, yo no perdería el tiempo. Estudiaría mucho.

—¿Y por qué querrías estudiar?

—Para ser cura. (...)

Estas palabras mías, sinceras y francas, impresionaron mucho a don Calosso, que continuaba mirándome. Llegamos así a un cruce donde nuestros caminos se separaban. Me dijo estas últimas palabras:

—No te desanimes. Yo pensaré en ti y en tus estudios. El domingo vienes a buscarme con tu madre, y verás cómo lo arreglaremos todo.

El domingo siguiente fui a su casa con mi madre» (*Memorie*, 24ss.).

Acordaron que Juan iría a estudiar y a vivir con el anciano sacerdote. Volvería a casa sólo para dormir.

Para Juan comenzaron días felices.

«Probé por primera vez la seguridad de tener un guía, un amigo del alma. Como primera cosa me prohibió una penitencia que hacía, no acorde con mi edad. En cambio, me animó a acudir con frecuencia a la confesión y a la Comunión. Me enseñó también a hacer cada día una pequeña meditación, o mejor una lectura espiritual (...). Estudié toda la gramática y me ejercité en la redacción. En Navidad comencé la gramática latina. (...) Era feliz» (*Memorie*, 22ss.).

Cuando murió la esperanza

Pero la felicidad de Juan fue desgraciadamente breve. Había ido a I Becchi a hacer unas compras, cuando llegó alguien para avisarlo de que don Calosso había sufrido una apoplejía y quería verlo. Era noviembre de 1830, un año exacto desde el primer encuentro con el anciano sacerdote.

«No corrí, volé. Mi queridísimo don Calosso estaba en la cama y no podía hablar. Pero me reconoció, me dio la llave de la caja donde estaba el dinero, y me hizo señas de que no se la diera a nadie. Después de dos horas de agonía se fue con Dios. Con él moría toda esperanza» (*Memorie*, 29).

Verdaderamente quedaba una esperanza todavía: la cajita que abría la llave contenía seis mil liras, los ahorros de toda su vida. Confiándole aquella llave, don Calosso había indicado claramente que aquel dinero debía utilizarse para sus estudios, para entrar en el seminario y convertirse en sacerdote.

Pero los gestos de un muribundo, legalmente, no tienen valor. O hay un testamento, o los bienes pasan a los legítimos herederos. Los sobrinos de don Calosso, cuando llegaron, fueron muy amables con Juan. Le dijeron: «Parece que el tío quisiera dejarte a ti este dinero. Toma todo lo que quieras». Juan pensó un poco sobre ello y después dijo: «No quiero nada» (MBe 1, 188). Y les entregó la llave. Estaba de nuevo y solamente en las manos de Dios.

13. Los zuecos que apestaban a cabra

La familia Bosco se divide

La muerte de don Calosso ha sacudido profundamente a Juan. Se ha sumergido en la tristeza y llora desconsoladamente. Su madre está preocupada y para distraerlo lo manda con los abuelos a Capriglio.

Pero, de una manera que se convertirá en habitual en su vida, también Dios se muestra preocupado. «En aquel tiempo tuve otro sueño. Vi una persona que me gritó severamente, porque había puesto mi esperanza más en los hombres que en Dios» (*Memorie*, 31).

Don Calosso había fallecido el 21 de noviembre de 1830. Algunos días antes la familia Bosco se había dividido. Antonio permaneció sólo en I Becchi y se preparó para organizar su familia: el 21 de marzo de 1831 debería llevar al altar a la castelnovesa Ana Roso. José, con fuerza a sus 18 años, tomó en aparcería junto con José Febbraro la vasta granja llamada «Sussambrino», y allí se mudó con mamá Margarita.

Juan, al trasladarse él también a Sussambrino, comprobó que las escuelas de Castelnuovo se habían acercado bastante: desde la alquería se encontraban a dos kilómetros. En la granja Moglia había caminado por prados y viñas. Ahora caminaría para ir a la escuela.

La gran caminata de los campesinos-estudiantes

En estos años en que Juan Bosco camina por las colinas para llegar a la escuela de Castelnuovo, otros chicos inteligentes y de buena voluntad caminan con los libros bajo el brazo por toda

Italia. La población está dispersa en caseríos, las escuelas existen solamente en los centros municipales y los únicos medios de transporte son los carros agrícolas y algunas carrozas postales. Entre Roncole y Busseto, en los años 20, ha caminado José Verdi. Entre Riese y Castelfranco, en los años 40, caminará José Sarto que se convertirá en el papa Pío X. La gran caminata de los campesinos-estudiantes se prolongará durante todo 1800. Todavía en los primeros años de 1900, Angelín Roncalli caminará entre Sotto il Monte, Caderizzi y Cesana, ritmando los pasos con frases latinas y fórmulas de matemáticas, para no perder tiempo. Angelín se convertirá en el papa Juan XXIII. Debemos a aquella gran caminata el hecho de que tantos chicos de ingenio y buena voluntad no terminaran abandonados entre los surcos del campo, sino que se convirtieron en la nueva generación que llevó adelante Italia.

Se tapaban la nariz

En Castelnuovo, en una misma aula, estaban reunidos los cinco cursos de latín. Para Juan Bosco fue un año de transición.

Al principio se repitió la situación de Capriglio. Los muchachos de once años miraban riendo a aquel largirucho de quince años llegado desde las colinas con un par de gruesos zuecos en los pies. «Huele a cabra», susurraban tapándose la nariz. Pero el profesor, don Manuel Virano, era una persona gentil y enérgica. Replicó secamente a los pequeños maleducados, cogió a parte a Juan y en poco tiempo lo puso al nivel de los otros. Cuando él desarrolló un tema verdaderamente bien, le hizo leer el desarrollo en clase y al final comentó: «Quien hace desarrollos así, puede incluso llevar zuecos de pastor. Porque en la vida lo que cuenta no son los zapatos, sino la cabeza».

El sustituto de 75 años

En abril, Juan se había situado entre los primeros de la clase, pero sobrevino un contratiempo. Don Virano fue nombrado párroco de Mondonio y debió abandonar la escuela. Faltaban

todavía cuatros meses para el final del año escolar (terminaba el 14 de agosto). Como sustituto vino un sacerdote muy viejo, don Nicolás Moglia, de 75 años. Era un sacerdote un poco chocho que no lograba dominar a los alumnos. Todos los días se desencadenaba entre los bancos la baraúnda. Don Nicolás lo toleraba, después perdía la paciencia de repente y propinaba varazos rabiosos a quien se ponía a tiro. Don Bosco recordaba: «No lograba obtener silencio en clase. En aquel desorden, terminé perdiendo incluso lo que en los meses precedentes había aprendido» (*Memorie*, 33).

Juan no se desanimó. Miró alrededor y buscó el modo de ocupar el tiempo ganando algún dinero para pagarse el «minervale» (tasa escolar) y la pensión. En los meses más fríos dejó de regresar por la tarde a Sussambrino, y se instaló con el sastre Juan Roberto. Después de haberle observado atentamente, probó a coser botones. Roberto encontró que tenía la mano ligera, y le enseñó a coser dobladillos y ojales. Terminó convirtiéndose en el ayudante del sastre, que le descontaba las horas de trabajo de la pensión.

Después entró en la herrería de Evasio Savio, un herrero amigo suyo. Aprendió a manejar el pesado martillo y a trabajar en la forja. También Evasio Savio era un hombre honesto y le pagaba las horas de trabajo.

Juan, mientras trabajaba para vivir, no sabía que trabajaba también para su futuro. Cuando en Valdocco funda los primeros talleres para chicos pobres, será su primer maestro en el arte de manejar la aguja y el martillo.

14. El nuevo rey se llama Carlos Alberto

Se cambia la cifra: de CF a CA

En abril de 1831, mientras en Castelnuovo Juan Bosco vivía su primera desgracia escolar, en el Palacio Real de Turín tenía lugar un dramático cambio de guardia.

El rey Carlos Félix, después de diez años de reinado, agonizaba. No teniendo hijos, en la noche del 19 al 20 de marzo había hecho venir junto a él al príncipe de Carignano, Carlos Alberto. Después de largos titubeos y dudas, le había designado su sucesor en el trono. Pero la situación no estaba clara. Mientras el rey estaba en agonía, se difundieron rumores de un golpe de estado. Escribirá el mismo Carlos Alberto: «El cónsul de Francia en Génova se jactaba de haber recibido de su gobierno la orden de hacer sublevar aquella ciudad (...); el secretario de la embajada francesa en Turín, señor Seigmaison, actuaba de manera parecida. Todos los días se difundían las noticias más imprevisibles y graves. El duque de Mantua... era apoyado por una minoría para apoderarse de la corona a la muerte del rey; estaba prevista una insurrección liberal... para derribar el gobierno; otros habían proyectado, a la muerte del rey, cogerme como rehén, en el momento que me llevaran al Palacio, con la finalidad de obtener una Constitución; en resumen, la confusión y el temor eran generales» (PINTO, 159).

Carlos Alberto no pierde tiempo. Mientras el rey muere, hace divulgar la voz de que su majestad se ha repuesto y está fuera de peligro. Se hace jurar fidelidad por las máximas autoridades del ejército y del Estado. Sobre las insignias militares manda sustituir rápidamente la cifra CF (Carlos Félix) por CA (Carlos Alberto). Cuando el rey muere (27 de abril) está ya solidamente instalado en el trono.

Un príncipe que reeducar

La historia de este príncipe, que tanta influencia tendrá sobre la obra de Don Bosco, ha sido y será poco clara, a veces incluso incomprensible para nosotros, muy alejados del romanticismo. Desde el momento en que ni Víctor Manuel I ni su hermano Carlos Félix tienen hijos varones, desde niño Carlos Alberto (príncipe cadete de la rama de los Saboya-Carignano) es visto como el heredero de la corona. Pero de niño tuvo que marchar con su familia al exilio en Francia, y ha respirado el aire de la revolución. Por eso, cuando vuelve a la corte, los Saboya lo quieren «reeducar». Tiene 16 años, pero lo tratan como a un niño de 7. Junto a él le ponen a un sacerdote reaccionario que lo obliga a prácticas religiosas continuas e interminables. Su preceptor, el caballero Silvano Costa, escribe desolado: «Tiene sobre su mesa muchos libros buenos, desgraciadamente siempre abiertos por la misma página» (PINTO, 26s). La etiqueta de la corte, rígida y empalagosa como la de un cuartel, lo aburre y exaspera.

En 1817 (tiene apenas 19 años) le obligan a casarse con María Teresa, hija del Gran duque de Toscana y sobrina del emperador de Austria. Esta princesa de diecisiete años un día será una reina admirada en Turín por su bondad (Don Bosco obtendrá comprensión y continuas ayudas de ella).

Pero ahora es una niña amedrentada en la triste soledad del Palacio. En cuanto puede, va a jugar al escondite con las hijas pequeñas de Víctor Manuel I. No será nunca una mujer feliz. Las cartas de amor que Carlos Alberto recibirá de tantas admiradoras y que él esconderá con desenvoltura en los bolsos interiores del gabán o en el libro de Misa, le hacen sufrir mucho.

En 1820 en la corte se celebran dos acontecimientos: el nacimiento del primogénito de Carlos Alberto, bautizado con el nombre del rey, Víctor Manuel, y el matrimonio de la hermana de Carlos Alberto, Isabel, con el archiduque austriaco Raineri, gobernador del reino Lombardo-Véneto. Víctor Manuel I, que «cuando no va a caballo, se duerme», acepta este nuevo vínculo con Austria.

En aquel mismo año, el 1 de enero, estalla la revolución de Cádiz, en España. Oficiales «democráticos» obligan al rey absoluto Fernando VII a conceder la *Constitución*: una ley fundamental que limita los poderes del rey y concede a los ciudadanos los derechos civiles y políticos, incluido el de votar para elegir las principales autoridades de la nación.

El trágico 1821

También en el Piamonte el descontento y las inquietudes se difunden, fruto de la torpe Restauración. Sus promotores, retraídos y sin ideas, no han logrado darse cuenta de los cambios irreversibles acarreados por la Revolución Francesa. Las seculares jerarquías y los privilegios injustos de los nobles son ya insoportables. Es absurdo nombrar ministro de Finanzas a una persona incapaz para ello sólo porque es de familia noble y fidelísima al rey. Es disparatado y criminal demoler carreteras, tan útiles a los comerciantes, sólo porque las mandó construir Napoleón.

El 3 de marzo de 1821 se difunde por Turín la noticia de que han sido interceptadas cartas de «carbonarios» piamonteses en las cuales se indica un proyecto de revolución. Carlos Félix, hermano del rey, no da crédito a las noticias y parte para Módena, a hacer una visita a su suegro el duque. Es una jugada que pesará gravemente sobre el futuro de Carlos Alberto.

Ninguno en la Corte lo sabe, pero numerosas personas entre los amigos de Carlos Alberto se han adherido a sociedades secretas (*Adelfia, Carbonería, Sublimes Maestros Perfectos...*). Tienen dos objetivos: la independencia de Italia respecto a Austria y una Constitución. En los primeros meses del año, también el príncipe ha mantenido intensas relaciones con los aliados piamonteses y lombardos. Una relación del espía Carlos Castiglia permite reconstruir los coloquios secretos del rey Carlos Alberto con el noble José Pecchio, revolucionario lombardo. El príncipe no es y no será jamás un «liberal», pero para salvar el trono acepta las críticas de los revolucionarios, y promete reformas graduales en la política y en la administración.

Le ha dado el soplo el conde de Maistre, fidelísimo al pasado: «El arte del príncipe es reinar sobre la revolución y sofocarla dulcemente abrazándola». Haría falta, no obstante, una mente fría y lúcida, y Carlos Alberto no la tiene. Sabrá solamente vacilar y dudar, dar media palabra y faltar a la promesa.

8 de marzo. Carlos Alberto se reúne con Santorre de Santarosa, jefe de la sublevación que le pide un apoyo explícito. El príncipe no se pronuncia ni a favor ni en contra.

10 de marzo. Por la mañana llega la noticia de que en Alejandría ha dado comienzo la revuelta. Carlos Alberto aconseja a Víctor Manuel I que conceda la Constitución. El rey se enfurece con él.

11 de marzo. Una multitud recorre las calles de Turín. Grita: «¡Viva la revolución! ¡Guerra a Austria!». Forman parte de la misma damas de la aristocracia. El rey entonces reúne al consejo de la Corona. «Algunos están muertos de miedo», escribe la reina. Carlos Alberto renueva la invitación a conceder la Constitución y el rey está por ceder. Pero llega el Conde de San Marzano con un mensaje de los soberanos de Austria, Prusia y Rusia. No toleran ninguna Constitución. Un ejército de 60.000 hombres está preparado en Lombardía para intervenir en caso de claudicación.

12 de marzo. Tres salvas de cañón anuncian que la Ciudadela ha pasado a los insurrectos. Se producen tumultos delante del Palacio Real. ¿Es la guerra civil? Por la tarde el rey anuncia que abdica en favor de su hermano Carlos Félix (y se asigna un millón de liras anuales —cuatro mil millones de 1986— como retribución para consolarse en el exilio). Durante la ausencia del nuevo rey, Carlos Alberto tendrá la regencia. El joven príncipe no quiere saber nada, pero a media noche el rey hace leer el acta de abdicación. Mientras Víctor Manuel I se retira con su familia a Niza, Carlos Alberto (23 años) tiene que devanar la más complicada madeja que le podía tocar. Al día siguiente, dos revolucionarios se reúnen con él y le obligan a elegir: o la Constitución de Cádiz o el bombardeo del Palacio Real. Después de consultas febriles, ansia y vacilaciones, el día 15 concede la Constitución. Jura observarla, pero añade: «Juro fidelidad al rey Carlos Félix».

Dos días después regresa el caballero Costa, a quien el príncipe ha enviado a Módena para informar al rey y a pedir instrucciones. Está desanimado. Carlos Félix, con ojos encendidos, lee la carta y se la arroja a la cara, después grita: «¡Salid!». Horas después será readmitido a su presencia, pero deberá esperar para ello a que el rey, los duques de Módena y el cardenal Albani terminaran una partida en la mesa de juego. Después, Carlos Félix le ha entregado una proclama y le ha gritado: «Decid al príncipe de Carignano que, si le queda todavía en las venas una gota de nuestra sangre real, debe ir a Novara y allí esperar nuestras órdenes». La proclama anula todo acto del príncipe regente (PINTO, cap. 11).

El héroe del Trocadero

Carlos Alberto envía a su mujer hacia Marsella y después se une a ella. Los revolucionarios intentan detenerlo, lo llaman traidor, pero él se va. Primero a Novara y después a Florencia, donde Carlos Félix le ha fijado su sede del exilio. Un ejército austriaco, entretanto, ha penetrado en Italia y en Novara, el 8 de abril, y derrota las escasas filas revolucionarias.

En 1821 Carlos Alberto, como perfecto romántico, pensaba que había llegado «su estrella». En cambio, había caído en desgracia para siempre. Carlos Félix había decidido excluirlo de la sucesión, pero Austria, consultada, había respondido que si el príncipe de Carignano era infiel, más peligroso era renunciar al principio de legitimidad.

El rey, entonces, elaboró un plan: invitó a Carlos Alberto a embarcarse para España y combatir contra los revolucionarios que habían obtenido la Constitución del rey. «Así o le romperán la cabeza, y entonces todo habrá acabado para él, o se estará en condiciones de reparar en parte sus entuertos, ya que no hay nada en el mundo que me preocupe más que este hombre» (PINTO, 127).

2 de mayo de 1823. El príncipe de Carignano (haciéndose cubrir de insultos por todos los liberales de Europa) se embarca

en Livorno hacia España, donde el ejército revolucionario tiene prisioneros al rey y a la reina en Cádiz.

Para liberar a los monarcas, el ejército legitimista debe dar el asalto a las fortificaciones del Trocadero, que dominan la ciudad. El asalto tiene lugar al alba del 31 de agosto. Cuenta el fiel Silvano Costa: «Es necesario atravesar a la carrera y en descampado un largo trecho. Carlos Alberto va a la cabeza, junto al alférez. (...) Con la bayoneta masacramos a aquellos pobres españoles. (...) Finalmente conquistamos la posición» (PINTO, 133).

Aquella batalla, concluida victoriosamente, puso fin a la guerra de España. Carlos Alberto recibió la insignia de la cruz de San Luis. Los granaderos le ofrecieron los galones de uno de ellos, caído en el asalto. Este episodio convirtió al príncipe en leyenda en las conversaciones de los salones de Madrid y París y la prensa francesa lo rebautizó «el héroe del Trocadero». Pero la *Gaceta de Turín* suprimió toda alusión al príncipe de Carignano. La antipatía de Carlos Félix continuaba. La de los liberales de toda Europa, en cambio, alcanzó su punto más alto. Desde entonces fue llamado con desprecio «el traidor del Trocadero».

Mayo de 1824. Carlos Alberto vuelve a Turín. Carlos Félix le hace jurar solemnemente que no aportará innovaciones a las leyes fundamentales de la monarquía. Sólo después de este acto le concede el título de «príncipe heredero».

En el bienio 1825-1826 estallan llamaradas revolucionarias en Portugal, Polonia y Rusia. La represión es despiadada. Carlos Alberto afirma: «La justicia debe ser inflexible». En 1826 despide a un paje de 14 años, por «hacer el jacobino». Aquel paje se llama Camilo Cavour.

Cuando en 1831 puede aposentarse firmemente sobre el trono, su primer acto es rechazar la petición de amnistía para los condenados de 1821, es decir, a los liberales con los que se había reunido en secreto y con los que se había aliado. Rechaza ya toda violencia de los revolucionarios y sus conjuras. Está convencido de que un gobierno monárquico absoluto, pero «iluminado y moderado», con su estabilidad puede conciliar las distintas posturas y garantizar el máximo de bienestar y felicidad. Pero cambiará todavía de parecer.